COLECCION
DIVULGACION

La recuperación mexica del pasado teotihuacano

Leonardo López Luján

COLECCION
DIVULGACION

La recuperación mexica del pasado teotihuacano

Leonardo López Luján

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Proyecto Templo Mayor

GV editores

50 ANIVERSARIO

Asociación de Amigos del Templo Mayor, A.C.

Fotografía de portada: Salvador Guil'liem
Diseño de portada: Rosa María de la Peña

© Asociación de Amigos del Templo Mayor, A.C., en coedición con el Instituto Nacional de Antropología e Historia y García Valadés editores, S.A. de C.V.

Primera edición: 1989
Derechos reservados conforme a la ley
ISBN-968-498-053-1
Impreso y hecho en México

Indice

Presentación: Eduardo Matos 7

Agradecimientos 11

Introducción 13

La recuperación del pasado 17

La reutilización 17
La imitación 19

Problemática 21

La evidencia arqueológica: los artefactos 25

El material teotihuacano 26
El material teotihuacanoide 30
El contexto de los materiales 33

La evidencia arqueológica: los templos teotihuacanoides 37

La evidencia histórica: Teotihuacan según las concepciones del Postclásico 43

El Valle de Teotihuacan en el Postclásico 51

La adquisición postclásica de materiales teotihuacanos 61

El descubrimiento fortuito 62
La búsqueda intencional 62
La transmisión de generación en generación 65

La circulación postclásica de materiales teotihuacanos 67

La circulación mercantil 67
La circulación no mercantil 68

Teotihuacan y el Templo Mayor de Tenochtitlan 73

Las estrategias del cambio 77

Conclusiones 87

Bibliografía 91

Cuadros 99

Láminas 103

Fotografías 135

Plano general 149

Presentación

Hace diez años comenzaron los trabajos del Proyecto Templo Mayor. Programada la investigación en tres fases, dos de ellas han sido cubiertas y se han publicado trabajos sobre el particular. De la primera fase, que contemplaba la recopilación de la información que hubiese sobre el Templo Mayor, tanto de las fuentes históricas como la que proporciona el dato arqueológico, se publicaron antologías que creemos han sido de gran utilidad para el investigador. Son ellas: *Trabajos arqueológicos en el centro de la Ciudad de México*, editado por el INAH en 1979; *El Templo Mayor de Tenochtitlan*, 1981, edición de la Asociación Nacional de Libreros y *Los dioses que se negaron a morir*, SEP, 1986, en la que se presentan juntos tanto los trabajos arqueológicos como las principales fuentes escritas.

La segunda fase de nuestra investigación fue la excavación. La misma se desarrolló de 1978 a 1982, y se publicaron trabajos como el titulado *El Templo Mayor: excavaciones y estudios*, así como los planos de la excavación en su avance mes con mes, todo ello editado por el INAH en 1982.

Actualmente nos encontramos en la tercera y última fase: la interpretación. De ella se han publicado múltiples trabajos tanto por miembros del Proyecto

como por otros investigadores que han sido invitados a colaborar en algún tema específico. Desde luego, hubo quienes aprovecharon el material recuperado para hacer algún estudio, pero al no contar con la información completa, en ocasiones llegaron a conclusiones precipitadas. No faltaron quienes, sin ningún pudor, tomaron lo ya escrito y lo publicaron como suyo... y es que todo el contexto del Templo Mayor a raíz de las recientes excavaciones, volvió a traer un renovado interés en los estudios de lo mexica.

Cabe destacar algunas reuniones académicas sobre el Templo Mayor, como la realizada en Dumbarton Oaks, Washington, en 1983, que fue publicada con el título de *The Aztec Templo Mayor*, 1987, y en la que participaron diversos especialistas de la cultura mexica.

Consciente de que la finalidad de todo proyecto de investigación debe ser dar a conocer sus resultados, planeamos una serie de títulos según los estudios que se realizan por los componentes del Proyecto Templo Mayor, así como por colaboradores que analizan algún tipo de material. Hoy día están en proceso diversas investigaciones que se centran en el análisis sistemático de las ofrendas y otros temas igualmente importantes. Siendo éste un trabajo interdisciplinario del Proyecto Templo Mayor-INAH, las próximas publicaciones tratarán de arqueología, antropología física, restauración, estudios biológicos, todo ello en colaboración con GV Editores, quienes han puesto su empeño y experiencia para que, a través de una serie especial, se ponga al alcance del gran público los resultados que se obtengan sobre el estudio del principal templo de los mexicas.

Eduardo Matos Moctezuma
Coordinador del Proyecto Templo Mayor

Lorsque le passé n'éclaire plus l'avenir,
l'esprit marche dans les ténèbres.

Tocqueville

Agradecimientos

El trabajo científico es una empresa de carácter colectivo. Esta investigación no es una excepción. Quisiera hacer aquí público reconocimiento de las incalculables aportaciones, correcciones y sugerencias que me hicieron Rosa Brambila, Laura Filloy, Manuel Gándara, Carlos Javier González, Francisco Hinojosa, Linda Manzanilla, Eduardo Matos, Noel Morelos, Bertina Olmedo, Ricardo Sánchez, Yoko Sugiura y Gilda Velázquez. Asimismo debo hacer mención de la valiosísima colaboración de Guillermo Ahuja (arqueólogo encargado de la colección arqueológica del Proyecto Templo Mayor del INAH), de Salvador Guil'liem y Germán Zúñiga (fotógrafos del mismo proyecto) y de Antonino Guzmán (dibujante del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM) en la elaboración de este trabajo. Apartado especial merece el apoyo económico del Fideicomiso de las Becas Salvador Novo. A él debo también la sabia asesoría de la maestra Bertha Ulloa de El Colegio de México.

A todos mi más sincero agradecimiento

Abril de 1987

Introducción

A raíz de las numerosas excavaciones arqueológicas realizadas durante el último siglo en el centro de la ciudad de México, han sido frecuentes los hallazgos de materiales de claro origen teotihuacano. Aparentemente nada tendría de extraordinaria la presencia de estas manufacturas propias de una civilización cuya influencia se dejó sentir en las remotas tierras de El Salvador, Guatemala, Chiapas, Campeche, La Huasteca y el Occidente de México,[1] más aún cuando el islote de Tenochtitlan distaba tan sólo unos 40 kilómetros de la "Ciudad de los Dioses".

La importancia de los descubrimientos de Batres en 1900[2], de Gussinyer en 1969[3] y de Matos en 1978-1982[4], reside en que, en todos los casos, los materiales teotihuacanos fueron encontrados en contextos de gran importancia política y religiosa de la cultura

[1] Paddock, "Distribución de rasgos teotihuacanos en Mesoamérica", p. 233-239.

[2] Exploraciones en las calles de las Escalerillas", p. 61-90

[3] "Hallazgos en el metro, conjunto de adoratorios superpuestos en Pino Suárez", p. 35; "Un adoratorio dedicado a Tláloc", p. 8-10.

[4] *Una visita al Templo Mayor*; *El Templo Mayor: excavaciones y estudios*; Wagner, "Reporte de las ofrendas excavadas en 1978".

mexica. Tanto las vasijas de pastas finas como las esculturas de piedras semipreciosas teotihuacanas rescatadas de las ruinas de Tenochtitlan estaban invariablemente asociadas a lugares de culto o depositadas en ofrendas dedicadas a las deidades que los mexicas más veneraban.

Además sabemos, gracias a otros trabajos, que por lo menos cuatro adoratorios con algunos rasgos arquitectónicos de indiscutible matriz teotihuacana formaban parte del recinto sagrado de Mexico-Tenochtitlan, denominado Templo Mayor, centro cívico-ceremonial de primer orden.[5]

En otras palabras, el registro arqueológico da fe de la presencia de ricos bienes y de elementos estilísticos netamente teotihuacanos en el corazón mismo de Tenochtitlan, a más de siete siglos de la caída de Teotihuacan.

El objetivo fundamental de esta investigación es intentar comprender, a través del estudio arqueológico de los materiales rescatados por el Proyecto Templo Mayor del INAH y del análisis de la información escrita del siglo XVI, las causas del ofrecimiento de bienes teotihuacanos y de la imitación parcial de estructuras arquitectónicas de la "Ciudad de los Dioses" en el recinto sagrado de Mexico-Tenochtitlan.

El problema que aquí se plantea no es de ninguna manera novedoso. Para el año de 1922, el arqueólogo alemán Hermann Beyer ya se había percatado de la existencia de material teotihuacano, producto de las excavaciones hechas por Batres en la entonces

[5] Matos, "El adoratorio decorado de las calles de Argentina"; Matos, "Los edificios aledaños al Templo Mayor"; Gussinyer, "Un adoratorio azteca decorado con pinturas".

llamada Calle de las Escalerillas.[6] En uno de sus estudios, Beyer opinaba que:

> ...si aceptamos como comprobada la anterioridad absoluta de la cultura teotihuacana que se ha observado en un lugar, la solución del problema es muy sencilla: cada elemento cultural característico que tenga la civilización azteca o del Valle, en común con la teotihuacana, está tomado de ésta.[7]

Pero la presencia de varias vasijas de cerámica en el Templo Mayor, hizo cambiar de opinión a Beyer. Según él, si sólo se tratara de un vaso, podría suponerse su localización fortuita en las ruinas de Teotihuacan, y que de allí fuera llevado a Tenochtitlan; sin embargo, el hallazgo que hizo Batres de dos pares de palanganas sin ninguna mutilación -objetos éstos frágiles y de difícil transporte- no podía explicarlo de esa misma manera. En consecuencia, este investigador adelantó una hipótesis alternativa, afirmando la presencia de

> ...indicios de que, por lo menos en el siglo XIV o en el XV, existieran en alguna parte del territorio mexicano, descendientes de un pueblo de cultura teotihuacana.[8]

Esta idea no requiere de grandes comentarios: hoy día la tesis de Beyer resulta a simple vista insostenible. Ahora sabemos que ambas civilizaciónes -la mexica y la teotihuacana- no fueron contemporáneas.

[6] Se trata de la calle de Guatemala, en el primer cuadro de la Ciudad de México.

[7] "Relaciones entre la civilización teotihuacana y la azteca", p. 274.

[8] *Ibidem*, p. 275-276.

La recuperación del pasado

Hasta aquí me he referido al hallazgo en nuestra ciudad de indicadores arqueológicos de dos fenómenos diferentes, ambos caracterizados por una recuperación y una revaloración del pasado: la reutilización de productos culturales de una sociedad desaparecida y la imitación de ciertos rasgos estilísticos e iconográficos de la misma. Ambos son fenómenos paralelos cuyos ejemplos proliferan en la historia universal. Veámoslos más de cerca.

La reutilización

Por una parte, abundan los casos en los que los artefactos que culturas extintas desecharon, abandonaron, perdieron o enterraron intencionalmente, son recuperados y utilizados por sociedades posteriores. El descubrimiento de dichos artefactos puede ser intencional o fortuito, y la función que les otorgue la sociedad que los recupera puede ser igual o diferente a la que tenían en un principio. Michael B. Schiffer define este tipo de fenómenos como procesos de corte cultural en los que los artefactos que se encuentran en *contextos arqueológicos* son rescatados y puestos de nuevo en funcionamiento dentro de un *contexto*

sistémico.[9]

Entre los innumerables ejemplos de tales procesos pueden citarse el empleo que los romanos dieron a las hachas pulidas del Neolítico como amuletos (*ceraunia*) contra las inclemencias meteorológicas,[10] y la reutilización de columnas romanas en la edificación de las bellas arcadas de la mezquita de Córdoba durante el gobierno de 'Abd al-Rahmán I.[11] En Mesoamérica, los materiales del Templo Mayor no son el único caso de este fenómeno.[12] Como muestra pueden mencionarse las figurillas olmecas que han sido localizadas formando parte de ofrendas en algunos enterramientos de San Gervasio, Quintana Roo; Laguna Francesa, Chiapas, y Uaxactún, Guatemala, sitios pertenecientes al Clásico maya.[13]

Con referencia al hallazgo de Laguna Francesa, Gussinyer y Martínez subrayan que:

> ...la pequeña figurilla presenta detrás del cuello una perforación horizontal que quizás podría corresponder a una etapa de reúso, con lo cual la figurilla podría haberse utilizado por algún tiempo para llevarse colgada como pectoral o para otra intención...[14]

También Drucker registra en uno de sus trabajos

[9] Behavioral Archaeology, p. 34-36.

[10] Pericot y Maluquer, *La humanidad prehistórica*, p. 16.

[11] Burkhardt, *La civilización hispano-árabe*, p. 13-15.

[12] Una máscara olmeca apareció en la ofrenda 20 del Templo Mayor. Para mayor información, véase Matos, "Una máscara olmeca en el Templo Mayor de Tenochtitlan".

[13] Gussinyer y Martínez, "Una figurilla olmeca en un entierro del horizonte clásico"; Kidder, *The artifacts of Uaxactun, Guatemala*, p. 47-48; Rathje, "El descubrimiento de un jade olmeca en la isla de Cozumel, Quintana Roo, México".

[14] "Una figurilla olmeca...", p. 74.

la asociación de objetos de diferentes épocas en una ofrenda de Cerro de las Mesas, Veracruz.[15]

La imitación

Por otro lado, existe un sinnúmero de casos en los que los elementos iconográficos y estilísticos propios de otras culturas, de sociedades pretéritas, son imitados sin comprender -o sin que importe- la lógica contextual originaria. Es decir, no es respetada la coherencia interna de los viejos estilos, de las proporciones y del simbolismo de cada una de las manifestaciones culturales copiadas por la nueva sociedad. Las imitaciones de sólo algunos rasgos o fragmentos actúan más como evocaciones del pasado que como piezas de un contexto integral. En la historia del arte se conocen estos fenómenos como *revivals of taste* o *retornos*.[16] Cabe señalar que con el retorno de formas y significados antiguos se manifiesta el *principio de disyunción*: las formas que se reproducen pueden adquirir nuevos significados, o bien, los viejos significados pueden tomar formas diferentes.[17]

Expresiones de retornos son el estilo romántico que conjugó elementos egipcios y medievales, entre otros, y que gozó de gran aceptación entre burgueses y aristócratas europeos durante el siglo pasado, así como las constantes alusiones al mundo prehispánico hechas en las edificaciones mexicanas de la primera mitad de nuestro siglo.[18]

[15] "The Cerro de las Mesas offering of jade and other materials", p. 30-31 y 66.

[16] Kubler, "Renascence y disyunción en el arte mesoamericano", p. 76.

[17] *Ibidem.*

[18] Véase por ejemplo, Torre, "Elementos plásticos integrantes. Escultura y ornamentos", p. 38-53.

Problemática

Volvamos al caso concreto de Tenochtitlan y de la presencia teotihuacana en el Templo Mayor. Nos asaltan inmediatamente varias incógnitas que, en la medida de lo posible, se intentarán responder en las páginas subsiguientes: ¿Cuál es el origen real de los materiales de factura teotihuacana encontrados en los lugares de culto a los dioses mexicas? ¿Cómo fueron obtenidos y quiénes lo hicieron? ¿Qué caminos siguieron antes de llegar a la capital tenochca? Pero fundamentalmente, ¿con qué objeto y quiénes los ofrendaron en el Templo Mayor? ¿Qué incitó a la sociedad mexica a imitar formas, estilos y motivos iconográficos propios de la cultura teotihuacana? ¿Por qué se estimaban en forma tan notable los productos de una civilización ya extinta?

El primer paso obligado en la solución de estas incógnitas consistió en la estricta comprobación de la presencia de artefactos teotihuacanos y teotihuacanoides entre los demás materiales recuperados por el Proyecto Templo Mayor a partir de 1978. Entonces surgió un problema: ¿qué se puede entender por "teotihuacano" y qué por "teotihuacanoide"?

Al revisar la inmensa bibliografía consagrada al estudio de esta cultura, me percaté de la inexistencia de un trabajo que definiera rigurosamente cualquie-

ra de ambos estilos. Por lo general, arqueólogos e historiadores del arte han obrado siguiendo la apreciación estilística, sin explicitar los rasgos que caracterizan lo teotihuacano y lo teotihuacanoide. Y evidentemente no han emprendido esta enorme labor, debido a que implica la difícil enumeración y análisis de todos aquellos materiales obtenidos en excavaciones, depositados en museos, atesorados en colecciones particulares y publicados en trabajos especializados.

No cabe la menor duda de que la apreciación simple de estilo carece del rigor científico al que contribuiría una estricta explicitación. Sin embargo, es necesario aclarar que dicha apreciación simple no descansa en la mera subjetividad, ya que existen caracteres estilísticos de tal forma evidentes que son captados por los distintos investigadores hasta el grado de constituir una sólida base de consenso. La explicitación es deseable porque fortalece nuestros juicios; pero reviste un grado de dificultad superior al del problema central de este trabajo, lo que me impide siquiera intentarla. Por lo tanto, para la identificación de los materiales pertinentes a mi investigación, tuve que valerme de los criterios fragmentarios desarrollados de antemano para la arquitectura, la cerámica y la lítica.[19] Las piezas fueron seleccionadas de

[19]Algunos de los criterios de John Paddock para la identificación de material teotihuacano en sitios que no pertenecen a dicha cultura, son los siguientes: a) usanzas claramente dominantes en Teotihuacan, b) que son menos frecuentes fuera de Teotihuacan, en sitios de cultura diferente; c) que no son manifestaciones teotihuacanas de un "horizonte-estilo" panmesoamericano, ya que si ocurre en sitios de cultura diferente, en Teotihuacan constituyen la casi exclusiva variante local; d) que no sólo son compatibles con el patrón cultural teotihuacano sino representativas y simbólicas de él; e) que son de materiales resistentes a la acción del tiempo; f) que deben ser aspectos y objetos valiosos cuando el intercambio los ha llevado lejos. Véase Paddock, "Distribución de rasgos teotihuacanos en Mesoamérica", p.228.

acuerdo con una lista de artefactos considerados diagnósticos de la cultura teotihuacana;[20] por medio de la comparación de las piezas rescatadas de las ruinas del Templo Mayor con aquellas procedentes de las excavaciones efectuadas en la "Ciudad de los Dioses", y gracias a la valiosa asesoría de especialistas en la materia.[21]

Afortunadamente, al mismo tiempo que hacía esta selección de materiales, Bertina Olmedo y Carlos González (miembros del Proyecto Templo Mayor) realizaban una clasificación de piezas antropomorfas de lapidaria por medio del método de *taxonomía numérica*. Pretendían definir objetivamente los atributos esenciales del tan debatido estilo Mezcala. Con ese fin, analizaron atributos tales como la materia prima, la técnica de manufactura y los rasgos formales de la totalidad de las esculturas antropomorfas de piedra pulida, encontradas durante las excavaciones de 1978-1982. Por medio de un procedimiento numéri-

[20]Con esta lista sólo deseo privilegiar los materiales más evidentes. Es necesario subrayar que esta lista no es exhaustiva: un trabajo pormenorizado no es el fin de esta investigación. Ejemplos de materiales típicamente teotihuacanos son: las figurillas cerámicas tipo retrato y los títeres; los tapaplatos; algunas representaciones del Dios Gordo y de Tláloc; los cajetes de fondo plano, de ángulo recto en la base y de paredes cóncavas divergentes; las ollas de fondo plano, con cuello alto cóncavo; los cajetes cilíndricos de fondo plano; los "floreros"; los "candeleros"; los incensarios base "tipo de reloj de arena", cuya parte superior consiste en una máscara enmarcada rodeada por ornamentos; los vasos de trípode cilíndrico de cerámica pulida; las copas de cerámica café fina; las almenas escalonadas; etcétera. A este respecto véanse Angulo y Hirth, "Presencia teotihuacana en Morelos", p. 92; Beyer, *El México Antiguo*, p. 266; Brambila, "Un candelero teotihuacano"; Paddock, "Distribución de rasgos...", p. 228-229; Rattray, "La cerámica de Teotihuacan: relaciones externas y cronología".

[21]La revisión final de los materiales seleccionados fue hecha por Rosa Brambila y Carlos Javier González a quienes agradezco sus mejores empeños .

co bien definido generaron grupos que combinaban piezas similares entre sí y relativamente distintas de otros agrupamientos de la misma clasificación. En esta forma pudieron hacer más explicito y más objetivo el proceso de clasificación de artefactos al que antes hice mención.[22]

Entre los grupos obtenidos por Olmedo y González se encuentran aquellos que reúnen el material ajeno al estilo Mezcala. Curiosamente, casi todos los materiales que yo había seleccionado con antelación tendieron a agruparse, con el análisis de taxonomía numérica, en dos grandes conjuntos: el de material teotihuacano y el de material teotihuacanoide.

[22]Olmedo y González, *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor: una clasificación de piezas antropomorfas*, p. 92.

La evidencia arqueológica: los artefactos

Tras el trabajo de identificación se detectaron 41 piezas de estilo teotihuacano y 23 de estilo teotihuacanoide, elaboradas entre el año 200 y el 800 d.C. (Cuadro I). Cada uno de estos conjuntos es muy homogéneo. Para casi todos los artefactos se utilizaron ricas materias primas y se invirtieron en ellas muchas horas de trabajo, es decir, se trata en todos los casos de objetos de lujo. La franca mayoría la constituyen las piezas talladas y pulidas en piedras semipreciosas.[23] Las piezas de cerámica son de pastas finas y fueron destinadas para usos religiosos, lo cual las convierte también en bienes suntuarios.

[23]Gracias a los análisis del ingeniero Ricardo Sánchez del Departamento de Prehistoria del INAH, conocemos con exactitud las materias primas utilizadas en la manufactura de estos objetos. Once objetos fueron tallados en serpentinita; nueve, en skarns; seis, en diaftorita; tres, en esquisto, y uno, en milonita. La materia prima de un total de diez piezas no pudo ser identificada.

El material teotihuacano

De acuerdo con sus características morfofuncionales, las piezas de estilo teotihuacano ofrendadas en el Templo Mayor pueden agruparse en cuatro conjuntos:

1. Máscaras y cabecitas antropomorfas

Las máscaras y cabecitas antropomorfas fueron esculpidas en piedras de estructura compacta, siempre de tonos verdes. Estilísticamente hablando, se ajustan a las descripciones que de este tipo de objetos hicieron Gamio[24] y de la Fuente[25] En efecto, presentan sin excepción una distribución simétrica de rasgos faciales y una sucesión de planos y líneas horizontales, enmarcados por una línea curvada en *U*. Las facciones están bien definidas: dos placas rectangulares e inclinadas simulan las orejas; la frente es una banda plana, estrecha y extendida; las cejas se marcan con un fino resalte ligeramente curvado; las cavidades de los ojos son elípticas y, en ocasiones, conservan incrustaciones de concha y obsidiana que simulan iris y esclerótica; la nariz tiene base ancha con horadaciones en las fosas y dorso que señala el entrecejo; la boca presenta labios bien delineados y entreabiertos, y las mejillas y el mentón son representados por planos cortos (L. 1)[26] Esta manera de representar los rasgos faciales estuvo en boga durante todo el esplendor de

[24]"Artes menores", p. 184-185.

[25]*Peldaños en la conciencia, rostros en la plástica prehispánica*, p. 28-30

[26]Algunos de los atributos que comparten las máscaras de este grupo en la taxonomía numérica de Olmedo y González son: forma general en *U* cerrada; superficie anterior convexa de perfil

Teotihuacan. No sólo se reprodujeron en esculturas de piedra verde, sino también en figurillas y máscaras de cerámica.

Es conveniente señalar que, a diferencia de la arquitectura y la cerámica, las esculturas teotihuacanas no han sido encontradas en abundancia en el resto de Mesoamérica, y aún en Teotihuacan son muy raras. Las máscaras de piedra son la excepción, ya que su hallazgo ha sido relativamente frecuente en Teotihuacan y en algunos sitios del estado de Guerrero.[27]

2. *Figuras antropomorfas de cuerpo completo*

Las figurillas antropomorfas de cuerpo completo también fueron elaboradas siempre con piedra verde. Por un lado, se encuentran aquellas de pequeñas dimensiones (entre 27 y 55 milímetros de longitud), y forma plana y geométrica. Sus rasgos estilizados se lograron por medio de la técnica de ranuras y planos. Invariablemente estas figurillas muestran tocados o bandas en la frente, y las imágenes femeninas

y recta de planta; orejas rectangulares; cejas representadas con rebordes curvos separados que parten del entrecejo; nariz realista; pómulos y fosas nasales representados; incrustaciones comunes, y ojos en forma de cavidad. *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor...*, p. 168.

[27]Algunas máscaras de piedra provenientes de excavaciones realizadas en Teotihuacan, fueron publicadas en Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, v. 2, láminas 97-99; en Linné, *Archaeological researches at Teotihuacan*, Mexico, p. 138 y 141, figura 275, y en Cabrera *et al*, *Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82*, p. 110 y 246. Con referencia a máscaras encontradas en el estado de Guerrero, contamos con la publicacion de Müller, "¿Qué significado tiene la distribución de los elementos teotihuacanos en Guerrero?". En dicho artículo se menciona el hallazgo de una máscara teotihuacana de jadeíta en el sitio de El Coracero, ubicado en la zona de Tlapa.

visten huipil. Según Gamio[28] y Rubín de la Borbolla,[29] la producción de estas figurillas se remonta a las primeras épocas de Teotihuacan (L. 2).[30]

Por otro lado, se agrupan las piezas de mayores dimensiones (entre 120 y 195 milímitres de longitud) y rasgos faciales menos esquemáticos que se aproximan en calidad a la de las máscaras. Al igual que las figurillas, las piezas de mayor tamaño representan individuos de uno u otro sexo, siempre con tocado o banda frontal (L. 3).[31]

3. Recipientes de piedra verde

El tercer conjunto lo constituyen los recipientes de piedra verde. Se trata de un cajete completo y de un fragmento de cajete. El primero tiene fondo plano con pared que paulatinamente deviene convexa-di-

[28]"Artes menores", p. 184.

[29]Las figurillas del Templo Mayor se asemejan mucho al tipo A de Teotihuacan. Véase, "Teotihuacan: ofrendas de los templos de Quetzalcóatl", p. 66, figura 15.

[30]Según la taxonomía numérica de Olmedo y González, los rasgos comunes a las piezas de este grupo son: volumen plano; bordes rectos; tocado en forma de banda, separado de la cara por una incisión; carencia de cejas y de orejas; nariz triangular formada por incisiones; ojos y boca formados por incisiones; carencia de manos; extremidades extendidas y separadas por incisiones. *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor...*, p. 209-213.

[31]Entre los atributos que comparten las piezas de este grupo en la taxonomía numérica de Olmedo y González se encuentran: volumen plano; tocado en forma de franja; orejas que se unen con el tocado; cejas representadas como rebordes ligeramente curvados y unidos a la nariz; ojos delineados por cavidades elípticas; boca realista; pómulos representados; brazos extendidos a los lados del cuerpo, separados por vanos, o flexionados sobre el vientre, y piernas extendidas y separadas por una muesca o acanaladura. *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor...*, p. 220-221.

vergente. Sus tres soportes son pequeños conos truncados (L. 4). El fragmento de cajete tiene forma cilíndrica con un ligero reborde basal; conserva un solo soporte rectangular. Un bello bajorrelieve decora la cara exterior de la pared; en él se representa a un guerrero en cuclillas que sostiene un escudo emplumado y una macana. Hace frente a una fiera que ostenta un collar de plumas, ubicada en lo alto de una pirámide con perfil talud-tablero (L. 4).

4. Recipientes de cerámica

El último conjunto de piezas teotihuacanas lo integran cuatro recipientes de cerámica. Dos de ellos son conocidos por los arqueólogos como "ollas Tláloc". Fueron elaboradas con barro café, medianamente cocido, y pulidos con palillos. Su decoración consiste en aplicaciones de pastillaje que forman de una manera muy estilizada el rostro de Tláloc. Existe una gran divergencia en la atribución de cronología a estas piezas: mientras que Séjourné sostiene que sólo se produjeron durante el período II de Teotihuacan,[32] Müller se inclina por una elaboración ininterrumpida -aunque con variaciones formales- del período I al IV.[33] Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que su uso era ceremonial, puesto que siempre se han localizado en contextos religiosos teotihuacanos (L. 5).

[32] *Arqueología de Teotihuacan, La cerámica*, p. 240-241.

[33] *La cerámica del Centro Ceremonial de Teotihuacán*, véase el cuadro cronológico.

El material teotihuacanoide

Fue encontrado en el Templo Mayor un grupo de 23 piezas con reminiscencias estilísticas teotihuacanas.[34] A mi juicio, pueden incluirse dentro del estilo "guerrero-teotihuacanoide" definido entre otros por Covarrubias[35] y por Rubín de la Borbolla.[36] Todas las piezas son esculturas de piedra verde[37] que se elaboraron siguiendo una técnica de manufactura conspicua y que incorpora rasgos estilísticos híbridos de tipos locales guerrerenses y de tipos teotihuacanos.[38]

En la producción de estas bellas esculturas los artífices guerrerenses se valieron de la combinación de las técnicas de ranuras y planos. A diferencia de los artesanos de Oaxaca, del Golfo y del Sureste, los guerrerenses utilizaron en muy pocas ocasiones el taladro y el punzón giratorio. En su lugar emplearon un percutor para marcar con ranuras los ojos, las piernas y las separaciones del cuello y de los brazos con el tronco. Como apunta Rubín de la Borbolla, las téc-

[34]A esta cifra cabría agregar las dos figuras antropomorfas de cuerpo completo y de estilo guerrero-teotihuacanoide que encontraron García Cook y Arana en la ofrenda 1 del Templo Mayor, del Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH. Véase, *Rescate arqueológico del monolito Coyolxauhqui*, p. 62, figura 54.

[35]"Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del Río Mezcala".

[36]Escultura precolombina de Guerrero.

[37]Según el análisis petrográfico del ingeniero Sánchez, doce objetos fueron manufacturados en diaftorita, tres en serpentinita, dos en anfibolita, y uno, en roca metaígnea intrusiva. Cuatro objetos no pudieron ser identificados.

[38]A juicio de Covarrubias las piezas teotihuacanoides de Guerrero "...representan una degeneración y una mecanización del estilo y muestran formas de tocados y adornos ornamentales incisos peculiares, aunque siempre dentro del estilo tradicional." "Tipología de la industria...", p. 87-88.

nicas guerrerenses tuvieron como resultado forzoso piezas extraordinariamente simples.[39]

Las esculturas antropomorfas Guerrero-teotihuacanoides se caracterizan por poseer rasgos faciales definidos y similares a las facciones teotihuacanas antes descritas,[40] por la representación de tocados o franjas en la cabeza y en la frente, y por un tratamiento totalmente plano y esquemático del resto del cuerpo. Generalmente los brazos de dichas esculturas se extienden junto al cuerpo o se flexionan sobre el tronco. En el caso de las imágenes femeninas, las protuberancias de los senos y el huipil fungen como elementos de distinción sexual (L. 6 y 7).[41]

Por desgracia, la cronología y los lugares exactos de producción de las esculturas Guerrero-teotihuacanoides no han sido determinados, dados los escasos trabajos arqueológicos realizados en el área centro-sur de nuestro país. Vagamente sabemos que proceden de algún lugar de la sierra de Guerrero y que quizás se produjeron cuando Teotihuacan vivía su máximo esplendor o un poco más tarde.[42]

[39]*Ibidem*, p. 23.

[40]De acuerdo con la taxonomía numérica de Olmedo y González, los atributos de las máscaras presentan en ocasiones semejanzas visuales con algunos atributos de estilo teotihuacano. Algunas veces el material guerrero-teotihuacanoide comparte con el teotihuacano la forma en *U* cerrada, y las formas de la nariz, las cejas, los ojos, las orejas y los pómulos. Sin embargo, también reúnen algunos rasgos atípicamente teotihuacanos, tales como los ojos representados con incisiones abiertas con párpados marcados por un contorno en relieve; la boca y los labios representados también de esta manera; la carencia de cejas; las orejas en forma de triángulo rectángulo invertido o de rectángulo con reborde abrupto; etcétera. *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor...*, p. 173, 175, 192 y 193.

[41]*Ibidem*, p. 210.

[42]Véase por ejemplo, Olmedo y González, *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor...*, p. 26-28 y 31-37.

La colonización teotihuacana de Guerrero, la existencia de una ruta intermontana al Pacífico para la adquisición de *Spondylus*, la residencia de artesanos de Teotihuacan en el territorio que hoy ocupa ese estado, la creación de las esculturas por los indígenas guerrerenses por encargo de la élite de la Ciudad de los Dioses y el simple afán de imitar un estilo en boga, son algunas de las explicaciones que se ofrecen para entender los orígenes del estilo Guerrero-teotihuacanoide.

En síntesis, las máscaras antropomorfas y las figuras humanas de cuerpo completo Guerrero-teotihuacanoides encontradas en Tenochtitlan, intentan imitar lo teotihuacano, sin conseguirlo de manera muy ortodoxa.

Merece mención aparte una escultura de basalto de 77 centímetros de altura que, pese a que pertenece a la cultura mexica, presenta marcados atributos arcaizantes. Esta escultura fue encontrada en las inmediaciones del "Adoratorio C"; se trata de una imagen antropomorfa sentada con las piernas cruzadas hacia el frente. Muy probablemente data del lapso comprendido entre finales del siglo XV y principios del XVI. Dicha escultura se caracteriza por estar encorvada hacia el frente y por sostener sobre su cabeza un gran cilindro cuyos costados laterales están decorados con motivos alternantes de pares de barras y "ojos". Las manos recargadas directamente sobre las rodillas muestran posiciones distintas: la derecha se extiende con la palma hacia arriba, en tanto que la izquierda se encuentra totalmente flexionada.

Como el lector podrá percatarse, los atributos arriba mencionados son privativos de la representación del dios del fuego, común en toda la iconografía del Altiplano Central. Si bien esta representación se remonta al período Preclásico, es duran-

te el Clásico -y en especial en Teotihuacan- cuando adquiere su forma ortodoxa y se le reproduce con gran profusión. Prácticamente para el período siguiente, el Postclásico, cesa la producción de imágenes del dios viejo del fuego.

Sin embargo, la escultura mexica del dios del fuego encontrada en el Templo Mayor, ostenta nuevos atributos que la tornan atípica del estilo propiamente teotihuacano. Me refiero a atributos tales como las placas rectangulares que cubren ojos y boca, los colmillos que surgen de esta última, el brasero masivo y la falta de rasgos de vejez en el rostro. A juicio de López Austin,[43] tales características otorgan a la imagen un carácter de advocación infraterrena del dios del fuego.

En términos generales, esta imagen, producto del trabajo de artífices tenochcas, puede considerarse como una obra arcaizante que remite al espectador al arte teotihuacano. En consecuencia, creo que aunque se trate de un caso diferente al de los dos conjuntos antes descritos debe sumarse a la muestra relevante para la presente investigación.

El contexto de los materiales

La totalidad del material al que hice alusión en los dos apartados anteriores, se localizó como parte de diez ofrendas dedicadas a algunas deidades del Templo Mayor. La mayoría de ellas (ocho ofrendas) se ubicaban en el templo doble de Tláloc y Huitzilopochtli: la ofrenda 82 fue depositada en la esquina sureste de la pirámide de Huitzilopochtli; la seis, en el costado poniente del mismo edificio; la ofrenda 85

[43]"The Masked God of Fire".

y las cámaras II y III, en el costado occidental de la pirámide de Tláloc; la ofrenda 20 en la unión oriental de ambos edificios, y la ofrendas 11 y 41 a los pies de la confluencia occidental de las alfardas de estos dos edificios.

Unicamente dos ofrendas con material teotihuacano o teotihuacanoide fueron excavadas en los templos aledaños al templo doble. La ofrenda 78, se halló en el interior del "Templo Rojo", edificio de marcados perfiles teotihuacanos. Finalmente, la ofrenda N se encontró adentro de una subestructura del "Adoratorio B", también conocido como "Altar de los cráneos" (véanse el plano general y el cuadro III).

No es difícil percatarse de que las ofrendas que contenían materiales teotihuacanos y Guerrero-teotihuacanoides, se distribuyen de manera homogénea tanto en el Templo Mayor como en los edificios anexos. A simple vista no parece existir preferencia en el ofrecimiento de este tipo de "antigeüdades" a una deidad en especial.

En lo que respecta a las etapas constructivas en las cuales fueron depositados los objetos en estudio, encontramos una conducta más o menos constante a lo largo del tiempo. Cuatro de ellas (11, 85, cámara II y cámara III) fueron depositadas durante la ampliación IVA. Tres más (6, 20 y 41) pertenecen a la etapa siguiente, la IVB. Tan sólo una, la 82, data de la época de la V etapa constructiva. Y, por último, las ofrendas 78 y N proceden de los templos anexos, que al parecer son contemporáneos con la etapa VI del Templo Mayor.

En resumen, podemos percatarnos de que existe una continuidad temporal en la conducta de ofrendar este tipo de bienes que tiene sus límites extremos en las etapas IVA y VI (Cuadro III).

Las diez ofrendas referidas son distintas en lo que toca a su estructura continente. En efecto, seis de

ellas se ubicaron directamente dentro del relleno constructivo de tierra y piedras de basalto; tres más se depositaron en grandes cajas construidas con sillares de piedra y lajas y sólo una fue colocada en el interior de una caja de dos piezas de basalto labrado.

Apartado especial merece la ubicación contextual de las piezas teotihuacanas y teotihuacanoides dentro de cada una de las ofrendas. Como he señalado en otra parte,[44] las ofrendas son parte importante de un momento ritual y, en consecuencia, reflejan un complejo código que aún no ha podido ser descifrado. Aparentemente, todos los objetos contenidos en las ofrendas tienen un orden intencional; cada pieza funge como símbolo de un complicado lenguaje. Por desgracia, en nuestros días la falta de conocimiento acerca de las sociedades prehispánicas es tan grande que la complejidad de las ofrendas se vuelve abrumadora.

Cada ofrenda cuenta con varios niveles verticales de colocación de piezas que marcan la correspondencia de éstos con diferentes momentos rituales de la misma ceremonia. Existe, además, una composición taxonómica por niveles, y se encuentran asociados objetos de la misma materia prima o con el mismo significado dentro de niveles definidos. Por otra parte, en cada nivel son claras las composiciones axiales de los objetos, así como la agrupación de un mismo tipo de objetos en conjuntos de 3, 4, 7, 9, 13, 18 y más elementos.[45]

Desgraciadamente, tras el trabajo de análisis, los objetos teotihuacanos y teotihuacanoides no mostraron una ubicación y asociación recurrentes. Estos objetos se distribuyen indistintamente en todos los nive-

[44]López Luján, *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, en preparación.
[45]*Ibidem.*

les, aunque siempre en sitios de preeminencia dentro de las ofrendas. Por si esto fuera poco, se asocian a una gran variedad de objetos sin observarse constante alguna: máscaras y figuras de piedra, conchas, caracoles, caparachos de tortuga, pescados, arena marina, cuchillos de sacrificio, copal, cascabeles, bezotes, cuentas de piedra, representaciones zoomorfas y fitomorfas de piedra, imágenes de deidades, cráneos humanos, etcétera (L. 8-20).[46]

Esta situación tal vez denote que cada uno de los objetos teotihuacanos y teotihuacanoides contaba con un significado específico.

En lo que toca a la ubicación contextual de la escultura del dios enmascarado del fuego, descrita en el apartado anterior, puede decirse que se localizó en el relleno estructural de la VII etapa constructiva, en un sitio muy próximo al "Adoratorio C".[47] Dada su ubicación, sus proporciones y sus rasgos alusivos a lo teotihuacano, Eduardo Matos sugiere que la escultura del dios enmascarado del fuego ocupaba posiblemente la parte superior de ese templo que, como veremos más adelante, se caracteriza por sus perfiles con reminiscencias teotihuacanas.[48]

[46]La publicación de estas láminas se hace gracias a la cortesía de Bertina Olmedo y Carlos González.

[47]Apareció exactamente en la cala H, cuadro 52 de la retícula general de excavación.

[48]Comunicación personal, agosto de 1986.

La evidencia arqueológica: los templos teotihuacanoides

Son cuatro los adoratorios encontrados en el centro de la Ciudad de México que muestran marcados perfiles teotihuacanos. Estos raros ejemplos de la arquitectura mexica fueron construidos en el interior del gran recinto ceremonial de Tenochtitlan en los albores del siglo XVI. El primero en ser descubierto y reportado por los arqueólogos, apareció en un lugar próximo a la intersección de las calles de Justo Sierra y República de Argentina; el segundo, justo atrás del ábside de la Catedral Metropolitana, y los dos restantes (el "Templo Rojo" y el "Adoratorio C", este último también llamado "Templo Rojo Norte"), dentro del área excavada por los integrantes del Proyecto Templo Mayor (véase el plano general).

Los adoratorios comparten una disposición longitudinal de oriente a poniente: todos ellos, a excepción del segundo, que se orienta hacia el oeste, tienen su acceso por el este.

Arquitectónicamente hablando, tres de los adoratorios presentan dimensiones y formas casi idénticas, sin que el cuarto (el que se ubica en Argentina y Justo Sierra) deje de parecérseles. En consecuencia, es muy probable que esta similitud nos señale la riguro-

sa concepción previa al levantamiento del conjunto y la posible simultaneidad en su construcción.

En términos generales, cada adoratorio está constituido por dos partes bien diferenciadas: por un lado, la plataforma masiva del adoratorio propiamente dicho y, por el otro, un pequeño espacio descubierto al frente, a la manera de atrio (L. 24 y 29). Tanto la plataforma como el atrio, desplantan de un zócalo o banqueta, elemento común de la arquitectura mesoamericana, que funge como base y como delimitador del espacio. Con dicho zócalo se logra la armonía y la unidad de los templos.

La plataforma se caracteriza por su perfil exterior, en el que un corto talud sustenta un tablero de paños verticales que resalta en voladizo. Este último consiste en una franja horizontal delimitada por un marco delgado. La relación de las alturas del talud y del tablero es aproximadamente de 1:2. Sin lugar a dudas, la forma y la proporción del perfil externo de la plataforma es una reminiscencia del acabado de los cuerpos o plataformas que tuvo su mayor auge en Teotihuacan entre los siglos III y VIII, y que se difundió en muchos de los centros que le fueron contemporáneos (L. 21).

Es importante agregar que a los elementos estilísticos teotihuacanos de dichos adoratorios se suman los netamente mexicas. Así por ejemplo, en uno de los costados de la plataforma se superpuso una escalinata -de peldaños con estrechas huellas y peraltes acusados- limitada por alfardas con perfil de doble inclinación. El atrio o vestíbulo que presentan los templos "teotihuacanoides" del recinto sagrado mexica, es un elemento poco común en la arquitectura mesoamericana: dos muros calados y decorados con círculos de piedra anteceden al adoratorio y, a la vez, limitan un espacio de pequeñas dimensiones que

funge como área intermedia entre la plaza y la plataforma.

Sin embargo, a pesar de que en el diseño de cada adoratorio tenochca se hayan "calcado" perfiles de estilo teotihuacano, la solución constructiva dista mucho de la empleada regularmente en la "Ciudad de los Dioses". Tal parece que a los mexicas únicamente les importaba la apariencia formal. En el análisis que Gussinyer hace de uno de estos templos nos hace notar que

> ...mientras que en Teotihuacan el tablero descansa sobre el talud y éste funciona como elemento de contención del núcleo interior de la estructura y, además, soporta al mismo tiempo el peso del tablero superior, en el caso del altar azteca cambió bastante la idea. Un muro interior de piedras de tezontle burdamente labradas -que servía esencialmente para contener el empuje del núcleo, compuesto de grandes pedazos de tezontle y barro, como ocurre en casi todas las construcciones del centro ceremonial de la antigua México-Tenochtitlan (Marquina, 1960, p. 107) sostiene al mismo tiempo el peso del tablero superior. Apoyado contra el muro de contención fue construido el talud que, en este caso, no tenía ninguna función estructural.[49]

A la luz de esta cita, resulta sugerente la idea de que los constructores mexicas hayan visitado Teotihuacan con el expreso fin de imitar la arquitectura de esa ciudad, soslayando las técnicas constructivas originales (L. 22).

Los cuatro adoratorios tienen una rica decoración polícroma. El estilo de dicha decoración com-

[49]"Un adoratorio azteca...", p. 34.

parte sustancialmente las mismas características del estilo mural teotihuacano definidas por Miller.[50] Tales características son la *bidimensionalidad*, lograda a través de imágenes planas y valores cromáticos poco contrastantes; la *yuxtaposición visual*, en la que motivos[51] rígidamente estructurados se asocian a formas contrastantes e informales; la *técnica*, con la cual se pintan sucesivamente las áreas rojas del fondo, los colores transparentes de alto valor y los colores más obscuros de escaso valor, y el uso de *patrones* o diseños repetitivos a lo largo de la superficie pintada.

En efecto, las composiciones pictóricas de los adoratorios "teotihuacanoides" del recinto sagrado están constituidas por motivos sin profundidad. Además, al igual que en las pinturas murales teotihuacanas, en los adoratorios tenochcas predomina el color rojo (utilizado como fondo principalmente), aunque también son frecuentes el azul, el amarillo, el nacarado, el negro y el blanco. Los motivos plasmados en los muros de estos cuatro adoratorios se repiten rítmicamente en patrones a todo lo largo de la construcción, con lo que se logra la unidad de la estructura y el atrio.

En lo que respecta a las categorías de composición de los adoratorios "teotihuacanoides" de Tenochtitlan, encontramos también grandes analogías con aquellas categorías propias de la pintura mural teotihuacana. En ambos sitios encontramos composiciones tales como figuras de deidades representadas de frente; figuras frontales flanqueadas por figuras procesionales de perfil; diseños geométricos y rectilí-

[50]Véase, *The Mural Painting of Teotihuacan*, p. 24-35.

[51]Miller define "motivo" como la unidad mínima con significado que conforma una composición pictórica, *The Mural Painting...*, p. 24.

neos; representaciones de parafernalia ritual, y representaciones zoomorfas -siempre colocadas en posiciones secundarias como lo son los marcos de los tableros-.[52]

Los dos templos "teotihuacanoides", ubicados al norte del templo doble dedicado a Huitzilopochtli y a Tláloc, tienen motivos relacionados con el agua. De acuerdo con Matos están inspirados en otros motivos teotihuacanos.[53] El adoratorio de Argentina y Justo Sierra tiene un mascarón de Tláloc muy estilizado, flanqueado por sendos motivos trilobulados que representan gotas de agua.[54] Resulta muy interesante el hecho de que representaciones cerámicas y murales casi idénticas se haya encontrado: la composición pictórica del edificio excavado por Matos es prácticamente una calca de dos murales encontrados en Tetitla.[55] (L. 23). Por su parte, el "Adoratorio C" presenta medios círculos concéntricos, caracoles seccionados y corrientes de agua, motivos muy del estilo teotihuacano (L. 24-28).

Por el contrario, el "Templo Rojo" y el adoratorio localizado a espaldas de la Catedral -al sur y al oeste

[52]Según Miller, para el caso de Teotihuacan existen otras cuatro categorías de composición, además de las arriba mencionadas. Estas son a saber, las figuras procesionales de perfil, las escenas, las imágenes heráldicas y las formas arquitectónicas; *The Mural Painting*..., p. 23.

[53]"Los edificios aledaños al Templo Mayor", p. 19.

[54]Acerca del significado y difusión de tales formas trilobuladas véase Heyden, "Symbolism of Ceramics from the Templo Mayor", p. 121-124.

[55]Me refiero al fragmento 210 del patio 1, cuarto 1, muro poniente, y al mural 2 del cuarto 14 de Tetitla. Ambos murales, fueron depositados en las bodegas del Museo de Sitio de Teotihuacan después de haber sido restaurados (Laura Filloy, comunicación personal, julio de 1986). Véase Heyden, "Symbolism of Ceramics...", p. 124.

del templo doble respectivamente- comparten en sus taludes varios pares de listones como motivo redundante. Además, el "Templo Rojo", posee una interesante composición en su tablero sur. Se trata de la representación central de un cuadrúpedo, flanqueda en cada uno de sus extremos por tres imágenes antropomorfas de perfil (L. 29-32).

En resumen, en las cuatro edificaciones coexisten los rasgos arquitectónicos y decorativos presentes en el período Clásico teotihuacano, que habían dejado de repetirse por varios siglos, y los elementos que estaban de moda en el momento de la construcción. En efecto, los arquitectos de principios del siglo XVI supieron conjugar armoniosamente las formas y las proporciones teotihuacanas con las mexicas.

La evidencia histórica: Teotihuacan según las concepciones del Postclásico

Tras la caída de la civilización teotihuacana, la memoria histórica acerca de sus habitantes y de sus pasadas glorias se fue extinguiendo con el transcurrir de los siglos de manera que, a la llegada de los mexicas a la Cuenca de México, muy poco o nada se sabía a ciencia cierta de los constructores de esa imponente ciudad. Sin embargo, eran diversas las versiones con las que los indígenas del Postclásico pretendían explicar el origen de dicha urbe.

Algunas de ellas le otorgaban a Teotihuacan un principio divino que se remontaba al tiempo mítico. En efecto, sus monumentales templos y pirámides impresionaron de tal forma a los visitantes de la ciudad arqueológica, que únicamente pudieron concebirla como una creación divina o, en su defecto, como fábrica de seres verdaderamente portentosos. En el *Códice Matritense del Real Palacio* se describe cómo, después de que el mundo había sido engendrado y destruido en cuatro ocasiones, los dioses se dieron cita en Teotihuacan para emprender el quinto intento, el definitivo.

> Se dice que cuando aún era de noche, cuando aún no había luz, cuando aún no amanecía, dicen que se

juntaron, se llamaron unos a otros los dioses, allá en Teotihuacan.[56]

De entre todos los dioses, Tecuciztécatl y Nanahuatzin fueron los dos elegidos para que con su penitencia y su muerte dieran vida al nuevo sol. Cuatro días con sus noches ayunaron y se autosacrificaron.

> A cada uno de éstos se le hizo su monte, donde quedaron haciendo penitencia cuatro noches. Se dice ahora que estos montes son las pirámides: la pirámide del Sol y la pirámide de la Luna.[57]

Al llegar la noche esperada, Nanahuatzin saltó en un gran fogón candente encendido al inicio de la penitencia, y, enseguida, lo hizo Tecuciztécatl. Como es bien conocido, ambos reaparecerían al alba por el oriente, transformados en las deidades del Sol y de la Luna respectivamente.

Es precisamente de esta idea, en la que se considera a Teotihuacan como el lugar de nacimiento de dichas divinidades, de donde parece proceder la denominación náhuatl de la ciudad: *Teotihuacan* o "lugar de endiosamiento". No obstante, ésta no es la única versión de su etimología. En otro documento de fray Bernardino de Sahagún se dice:

> ...por esto la llamaron Teotihuacan: porque era el lugar de entierro de los *tlatoque*, porque se decía: "cuando morimos, no morimos en verdad porque estamos vivos, porque resucitamos, porque aún vivimos, por-

[56]Folio 161 v. y ss. Traducción de León Portilla, *De Teotihuacan a los aztecas, Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, p. 57-61

[57]*Ibidem.*

que despertamos. ¡Tenlo presente!" ...Así dijeron los viejos: "El que se murió se hizo dios".[58]

La tradición postclásica que señalaba a los gigantes como los constructores de Teotihuacan también deriva de la emoción y del asombro de los pueblos de ese período ante la majestuosidad de las edificaciones. Por lo tanto, se adjudicaba su creación a dioses -como ya hemos visto-, a gigantes o a pueblos muy renombrados, casi míticos. En el texto del *Códice Florentino*, se vacila al abordar el tema del origen de las pirámides.

> Y así erigieron [los primeros hombres] muy grandes montículos del Sol y de la Luna, como si fuesen sólo cerros. No es verosímil lo que se dice, que fueron fabricados a mano; pero aún era en ese tiempo morada de gigantes.
> Esto puede verse mejor en el "cerro fabricado" de Cholollan, porque está lleno de adobes, porque está lleno de enlucidos, porque está mostrándose que sólo es construcción.[59]

Por su parte, Torquemada en su *Monarquía Indiana* menciona que en Teotihuacan habitaban gigantes disformes con brazos largos y delgados, cuando los toltecas visitaron la zona con el fin de desagraviar a los dioses que se habían molestado con ellos.[60]

En otras fuentes se cita a Teotihuacan como el paso obligado de pueblos que deambulaban en busca de su asentamiento último. Sahagún señala, por

[58]López Austin, "El texto Sahaguntino sobre los mexicas", p. 311.
[59]*Ibidem*, p. 311.
[60]T. 1, p. 37-38.

ejemplo, que en la peregrinación de todos los pueblos que habían partido de Tamoanchan, los gobernantes dijeron:

> "No viviremos aquí; no permaneceremos aquí porque iremos a buscar tierra; porque se fue hacia allá Yohualli Ehécatl, Tloque Nahuaque".
> Enseguida se movieron; todos siguieron el camino: el niño, el venerable anciano, la mujercita, la venerable anciana. Tranquilamente, sosegadamente iban, hacia allá fueron a asentarse juntos en Teotihuacan. Allá se estableció el gobierno. Ellos fueron elegidos gobernantes: el sabio, los nahuales, los dueños de conjuros... Fue bien instalado el mando. Luego partieron; se movieron muy lentamente...[61]

Los informantes de Sahagún atribuyeron a estos grupos originarios y errantes la construcción de la ciudad arqueológica, de los templos del Sol y de la Luna. A este respecto es conveniente señalar que los mexicas se forjaron -tal vez sin bases suficientes- la idea de que la pirámide de mayores dimensiones, ubicada al sur del centro ceremonial, había sido consagrada al culto solar (*Tonatiuh itzacual*), en tanto que la pirámide que le seguía en tamaño, al norte, había sido edificada en honor de la Luna (*Metztli itzacual*).

Pero la ignorancia del pasado teotihuacano puede observarse mejor en la denominación náhuatl de la principal calzada de Teotihuacan, eje organizador del espacio urbano: el *Miccaotli* o "camino de los muertos". Los mexicas supusieron erróneamente que

[61] López Austin, "El texto Sahaguntino...", p. 314.

las estructuras que flanqueaban esta calzada en toda su extensión, eran las tumbas de antiguos señores.[62]

> Y cuando morían los tlatoque, allá los enterraban. Luego sobre ellos erigían un montículo. Permanecen los montículos; son como cerritos, pero fabricados por completo a mano, pues están los hoyos de donde sacaron las piedras para erigir los montículos.[63]

Toltecas y totonacos alargan la lista de los tantos grupos considerados en el momento de la Conquista como los antiguos habitantes de la Ciudad de los Dioses. Es Torquemada quién nos narra que los totonacos dejaron Chicomóztoc, se dirigieron hacia la Cuenca de México y pararon

> ...donde ahora es Teotihuacan y afirman aver hecho ellos, aquellos dos Templos que se dedicaron al Sol y a la Luna, que son de grandisima altura...[64]

Es este pasaje, sin duda, uno de los que mayores polémicas ha despertado puesto que, tomado al pie de la letra, sin investigar el valor del documento, sin comparar con noticias similares pero incompatibles, y sin un apoyo en otro tipo de fuentes, entre ellas las arqueológicas, se le ha utilizado como base para dar a los totonacas un papel preponderante en la historia mesoamericana. Es de suponer que, ante el desconocimiento de la historia teotihuacana remota, muchos pueblos se atribuyeran la gloria de la construcción de las dos enormes pirámides del Sol y de la Luna o

[62]Beyer, "Relaciones entre la civilización...", p. 290.
[63]López Austin, "El texto Sahaguntino...", p. 311.
[64]*Monarquía Indiana*, t. 1, p. 278.

que, sin atreverse a ello, imaginaran gigantes que con sus descomunales fuerzas erigieron los dos monumentos arquitectónicos.

Y si tocamos el tema de las polémicas surgidas de atribuciones de gloria a determinados pueblos mesoamericanos, no podemos dejar a un lado a los toltecas. Es conocida la polémica que se produce en el año de 1941, en torno al verdadero hogar del héroe cultural Quetzalcóatl, polémica en la que uno de los bandos en contienda sitúa la Tollan de Quetzalcóatl en Teotihuacan, mientras que el otro lo ubica en la actual ciudad de Tula en el estado de Hidalgo, la Tollan Xicocotitlan.

Al referirse a los toltecas, las fuentes documentales los consideran colosos culturales. El mismo Torquemada, en el momento en que hace alusión a los toltecas y a sus obras incluye a Teotihuacan como una de sus principales realizaciones. Por su parte Ixtlilxóchitl afirma:

> Y antes de pasar adelante quiero hacer relación del estado en que estaban las naciones tultecas, y es que ya en este tiempo y casi mil leguas habían poblado y edificado pueblos y ciudades, villas y lugares. Entre las más señaladas fue Teotihuacan, ciudad y lugar del dios. Era esta ciudad mayor y más poderosa que la de Tula por ser el santuario de los toltecas.[65]

Con la inclusión de todas estas citas he querido advertir al lector de la diversidad y, en ocasiones, de la contradicción de las referencias a Teotihuacan. Este conjunto de textos nos muestra, por un lado, la po-

[65] *Obras históricas*, t. 1, p. 272.

ca profundidad histórica de los conocimientos que los habitantes de la Cuenca de México tenían acerca del pasado de dicha área, y, por otra, el enorme respeto y admiración que se guardaba en el siglo XVI a la mayor de las ciudades arqueológicas.

El Valle de Teotihuacan en el Postclásico

En los siglos previos a la llegada de los españoles, Teotihuacan no fue más que un pequeño señorío de poca importancia en el que habitaban pueblos de habla náhuatl, otomí y popoloca. Al aparecer los chichimecas de Xólotl en la Cuenca de México, provenientes del norte, toman como suya una vasta extensión de la Cuenca, permitiendo sin grandes miramientos el ingreso o permanencia de varios grupos de diferentes etnias en su nuevo territorio. Nopaltzin, hijo de Xólotl, al hacer un reconocimiento por el reciente *chichimecatlalli*, pasa por Oztotícpac, Cohuatícpac, Cuaxatlauhco Tepetlaóztoc y Zinacaóztoc, hasta llegar a las ya entonces ruinas de Teotihuacan:

> ...y de este lugar se subió al cerro *Cuauhyaca*, en donde vido un templo muy grande de los Tultecas que estaba en aquellos llanos, con muchos edificios arruinados, llamados *Toltecateopan*, y de aquí un cerro alto llamado Patlachiuhcan y de *Patlachiuhcan* á *Tezcutsinco*, después fué bosque de sus descendientes...[66]

[66] *Ibidem*, t. 1, p. 85. Asimismo, en la lámina I del *Códice Xólotl*, se registra el paso de Nopaltzin por Teotihuacan: sus huellas atraviesan el topónimo conformado por una cueva y dos pirámides escalonadas.

Al poco tiempo del inicio del gobierno de Xólotl, sus parientes y allegados se reparten algunos de sus dominios, siempre en calidad de vasallaje. Con el paso de los años, los chichimecas comenzaron a adquirir algunas de las costumbres y formas de vida de sus vecinos civilizados. El bisnieto de Xólotl y hermano de Quinatzin de Tetzcoco, Tochintecuhtli, recibió el gobierno de Huexotla, Oztotícpac, Chiauhtla y Teotihuacan, poblados que estaban ubicados al este y al noreste de la gran cuenca. Al morir Tochintecuhtli en 1357, su primogénito Quiyauhtzin heredó la conducción de los cuatro poblados. Pero no fue sino hasta 1409 cuando Teotihuacan, al mando de Huetzin II, logró la categoría de señorío independiente. Dicha independecia sería realmente breve. Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, invadió Tetzcoco en 1420 y, en consecuencia, todos los señoríos pertenecientes al Acolhuacan -entre ellos Teotihuacan- quedaron también sujetos a los tepanecas. Fue necesaria una prolongada guerra para que los acolhuas pudieran finalmente evadir el yugo de Azcapotzalco y recobrar su libertad. La normalidad se restableció en Teotihuacan en 1433 con el ascenso al poder de Quetzalmamalitzin, hijo de Huetzin. A sus posesiones se sumarían las de seis pueblos y sus vasallos, cedidos por Nezahualcóyotl. En esta forma, el señorío de Quetzalmamalitzin se convirtió en el de mayor importancia del Valle de Teotihuacan. A partir de ese entonces y hasta la Conquista, el señorío de Teotihuacan estuvo sujeto a la esfera de influencia de Tetzcoco.[67] Cabe aclarar que no obstante que su peso político fue siempre secundario en relación con los demás señoríos de la Cuenca de México, las pirámides dieron a

[67]Münch, *El cacicazgo de San Juan Teotihuacan durante la Colonia (1521-1821)*, p. 8-10.

Teotihuacan una importancia religiosa fuera de lo normal.[68]

La población del Valle de Teotihuacan en el siglo XVI era muy densa y, en opinión de William T. Sanders, se aproximaba mucho a la densidad que alcanzó durante el máximo esplendor del Clásico. Casi todos los lugareños se dedicaban a las labores agrícolas intensivas.[69] Sus asentamientos estaban distribuidos de manera homogénea en el Valle, aunque nunca sobre aquellas tierras óptimas para el cultivo. Es importante agregar que muchos de esos asentamientos corresponden geográficamente con los poblados actuales. La desproporción entre los asentamientos rurales y los urbanos era grande: para esa época sólo existían seis pueblos mayores con un núcleo relativamente urbanizado, clara diferenciación social y especialización económica. Me refiero a Chiconautla, Tepexpan, Tezoyuca, Acolman, Teotihuacan y Otumba.[70] Ninguno de los pueblos mencionados puede equipararse en importancia con las demás capitales contemporáneas de la Cuenca de México.

Resulta interesante el hecho de que la ubicación del Teotihuacan del Postclásico -el San Juan de la Colonia y de nuestros días- no fuera la misma que la de la ciudad arqueológica. Pese a que durante varios siglos se obtuvieron enormes volúmenes de material de los templos, de los conjuntos y de los palacios deshabitados, con objeto de construir las nuevas casas, generalemente -por un respeto manifiesto- no se osó transgredir el límite del centro ceremonial del Clásico y vivir en ese lugar. Si bien inmediatamente a la

[68]Spence, "Specialized Production in Rural Aztec Society. Obsidian Workshops of the Teotihuacan Valley", p. 79-80.

[69]*The Teotihuacan Valley.*

[70]Sanders, *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley. A preliminary Report of Results of the Teotihuacan Valley Proyect*, p. 189-191.

caída de Teotihuacan algunos espacios de la urbe fueron reacondicionados por grupos advenedizos para la construcción de habitaciones temporales, durante los siglos sucesivos se respetaron las ruinas de esa gran civilización.[71] Las villas de los agricultores crecieron siempre a sus márgenes. Así (San Juan) Teotihuacan, (San Sebastián) Chimalpan, (Santa María) Coatlan, (San Francisco) Mazapan y (San Martín) Teacal, -todas ellas antiguos barrios teotihuacanos- se desarrollaron durante el Postclásico sin invadir el área que se tenía como sagrada.[72] En la "Relación de Tequizistlan y su partido", de 1580, puede observarse que los descendientes directos de los pueblos prehispánicos guardaban ese mismo respeto por la Ciudad de los Dioses.[73]

A través de la información arrojada por las exploraciones arqueológicas en Teotihuacan, intuimos la existencia, durante los siglos anteriores a la Conquista, de un tabú que prohibía el establecimiento en ese sitio.[74] Desde la primera excavación de carácter estratigráfico en Teotihuacan, realizada por José Reygadas Vertiz, se observó la inexistencia de cerámica azteca dentro del perímetro del centro ceremonial, a diferencia de la zona residencial, donde se encontró abundante cerámica de períodos posteriores a la caída de la urbe.[75]

[71]Noel Morelos, comunicación personal, agosto de 1986.

[72]Véanse los mapas de la ocupación Mazapan y azteca en el Valle de Teotihuacan (núm. 8 y núm. 11), publicados en Sanders, *The Cultural Ecology...*, y el mapa 3 publicado por Millon *et al*, *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, v. 1, parte 2.

[73]Castañeda, "Relación de Tequizistlán..."

[74]Spence, "Specialized Production...", p. 80.

[75]Reygadas Vertiz, "Estratigrafía y extensión cultural"; en el mapa realizado por Millon referente a la distribución de cerámica azteca de superficie en el Valle de Teotihuacan, puede observarse una menor concentración precisamente en el Centro Ceremonial.

Por otra parte, gracias a algunas fuentes documentales españolas sabemos que las imágenes de los dioses teotihuacanos seguían venerándose aún en tiempos de la Colonia. Teotihuacan fue durante el Postclásico un renombrado centro de culto, destino final de importantes peregrinaciónes. Al parecer, los templos del Teotihuacan postclásico (San Juan), eran la viejas pirámides.[76] En ellas continuaban efectuándose rituales religiosos, ya que todos los pueblos circunvecinos les atribuían una gran sacralidad.

Quizás ésta fuera una conducta muy similar a la que se observa hoy día en la ciudad maya de Yaxchilán. Zona arqueológica enclavada en la selva chiapaneca, Yaxchilán es visitada por los indígenas lacandones antes y después de la cosecha. En sus vetustos edificios, estos contemporáneos nuestros han dejado sus ofrendas y quemado copal por generaciones.[77]

Otro tanto sucedió en Oaxaca. Contra una práctica similar se pronunció en el año de 1654 el entonces Obispo de Antequera, fray Diego de Hevia. En el cerro llamado Quijaxila, media legua distante del pueblo de San Juan en el Partido de Zola se

> á hallado un sacrificadero que al parecer lo fué de su Gentilidad, segun lo muestran las ruynas, y señales de edificios que ay en él, donde los Indios del dicho Pueblo encienden candelas, queman copale, deguellan perros, gallinas, y pollos de la tierra, y los ofrecen á los Dioses de su Gentilidad...[78]

[76]Ceballos, "Manifestaciones intelectuales de la cultura en el período acolhua o post-teotihuacano", p. 327.

[77]Duby, *Los lancandones. Su pasado y su presente,* p. 89.

[78]Balsalobre, *Relación auténtica de las idolatrías, supersticiones y varias observaciones de los indios del obispado de Oaxaca,* p. 363

Otro ejemplo de ello son los relieves olmecas de Chalcatzingo, Morelos esculpidos alrededor del año 1000 a.C., que eran visitados y reverenciados dos milenios depués de su creación. Efectivamente, un adoratorio y una escalinata monumental fueron construidos por los tlahuicas en el 1200 d.C. con el fin expreso de acceder con facilidad al conjunto B de relieves.[79]

Nos encontramos entonces ante cultos de épocas diferentes a los de los pueblos desaparecidos, pueblos cuya existencia remota no es comprendida cabalmente por los oferentes.

Volviendo al tema central, la "Relación de Tequizistlán y su partido", a la que ya me he referido, ofrece un valioso testimonio de las imágenes que se veneraban en las principales pirámides teotihuacanas y de sus más distinguidos fieles:

> Tenían por ídolo principal a HUITZILOPOCHTLI, el cual, por mayor veneración, estaba en la *ciudad de Méx*[i]*co*, en el *cerro de Chapultepeq*[ue]. Sin éste, había otros ídolos menores en el pu[ebl]o de *San Ju*[an], que era templo y oráculo [a] donde acudían los pueblos comarcanos. Tenían, en el d[ic]ho pu[ebl]o, un *cu* muy alto, en el cual había tres descansos para poder subir a lo alto: en la cumbre dél, estaba un ídolo de piedra que llamaban por nombre TONACATEUCTLI, el cual era de una piedra tosca y muy dura, todo de una pieza. Tenía tres brazas grandes en largo y otra en ancho, y otra de gordor.[80] Estaba vuelto al poniente, y, en un llano que se hacía delante del dicho *cu*, estaba otro *cu* más pequeño, de tres estados en alto, en el cual estaba otro ídolo [un] poco menor que el prim[er]o, llamado MICTLANTEUCTLI,que

[79]Angulo, Jorge; comunicación personal, febrero de 1986.
[80]Una braza equivale aproximadamente unos 167 cm.

quiere decir "Señor del infierno". Este estaba vuelto hacia el prim[er]o, asentado sobre una peña grande cuadrada, de una braza en cuadra por todas partes. [Un] poco más adelante, a la p[ar]te del norte, estaba otro *cu* [un] poco menor que el prim[er]o, [al] q[ue] llamaban "el cerro de la Luna", en lo alto del cual estaba otro ídolo, grande de casi tres brazas, que llamaban LA LUNA. A la redonda dél, había muchos *cúes*, en uno de los cuales (el mayor dellos) había otros seis ídolos, [a los] que llamaban HERMANOS DE LA LUNA, a todos los cuales, los sacerdotes de MONTEZUMA, señor de *Méx*[i]*co*, venían con el dicho MONTEZUMA, cada v[ein]te días a sacrificar...[81]

En Teotihuacan se encontraba "el oráculo donde idolatraban los indios mexicanos y [los] de los demás pueblos a la redonda".[82] Este texto es muy revelador respecto de las visitas que el mismo Motecuhzoma Xocoyotzin hacía a las pirámides del Sol y de la Luna, aunque habría que poner en duda la asiduidad de tales visitas que esta relación atribuye al *tlatoani* mexica. Además, es muy interesante en que en el mapa general del partido de Tequizistlán, adjunto a la mencionada relación, se representa la ciudad arqueológica con el dibujo de dos pirámides mayores y seis menores, además de la glosa que versa "oraculo de monteçuma".

Por tal motivo, no resulta extraño que durante el Postclásico se levantara un gran muro que impedía el paso a través de la escalinata procesional que comunicaba la Calzada de los Muertos con la Pirámide del Sol, tal vez con el fin de restringir el acceso a este la plaza de esta pirámide. A este respecto Sanders afirma que

[81]pp. 235-236.
[82]*Ibidem*, p. 234.

> In either the Toltec or Aztec periods a crude stone wall was constructed covering the front of the small pyramids which faced the main street and sealing off the entrance. This wall also continued along the southern side of the Sun Pyramid plaza covering Classic façades and controlling access on that side as well. Apparently, the later population walled off the plaza, controlled access more strictly than in Early Classic times, and converted the pyramid and plaza into a new ceremonial precinct. In view of the documentary reference above, the wall was either built or reused during the Aztec Period.[83]

Otras actividades que se llevaban a cabo en Teotihuacan, además de las ya referidas, eran los sacrificios de los guerreros capturados en batalla, ante las imponentes imágenes ya descritas,[84] así como la inhumación de cadáveres en el interior de algunas estructuras.[85]

El homenaje a los dioses teotihuacanos terminó muy posiblemente cuando el primer obispo de México, fray Juan de Zumárraga, decidió su destrucción. El furor iconoclasta de este religioso tuvo como resultado el que la imagen ubicada en la cumbre de la pirámide de la Luna fuera reducida a pedazos, y que

[83] *The Cultural Ecology...*, p. 84.

[84] *Relación de Tequizistlán*, p. 236.

[85] Por lo menos dos enterramientos encontrados en la estructura 1-R de la Ciudadela, presentaban ofrendas con manufacturas mexicas (un fragmento de jarra azteca, en uno de estos entierros y dos cajetes del grupo cerámico Rojo Texcoco, en el otro). Para la inhumación de los cuerpos se rompió deliberadamente el piso superior de la estructura 1-R, se practicó una horadación en el relleno y se depositaron tanto el muerto como la ofrenda. La descripción pormenorizada de estos hallazgos puede consultarse en Romero, "Evidencias post-teotihuacanas en el lado este de la Ciudadela".

el monolito de la pirámide del Sol fuera arrojado gradas abajo.[86]

No quisiera finalizar este apartado sin antes agregar que a principios de nuestro siglo los indios nahuas del Valle de Teotihuacan aún concebían las ruinas como la morada de seres sobrenaturales a los que temían mucho.

> Como resultado de la creencia de los malos demonios, los indígenas todavía tienen un temor superticioso por los cerros, montañas y pirámides, lugares en que suponen habita un mal genio. Hoy, la creencia popular ha dado origen a la versión de que dentro de la pirámide del Sol en Teotihuacán, están un gallo y una campana de oro, la que el genio de la pirámide hace sonar a las doce de la noche, al mismo tiempo que se oye el canto del gallo.[87]

[86] Castillo, "Historia religiosa", p. 468-469.
[87] Ceballos, "Manifestaciones intelectuales...", p. 313-324.

La adquisición postclásica de materiales teotihuacanos

Nos encontramos ahora ante la imposibilidad de dar una respuesta definitiva en lo que respecta a los caminos que los mexicas siguieron en la adquisición de bienes suntuarios teotihuacanos. El primer problema surge al preguntarnos si tales piezas fueron desenterradas de las ruinas de Teotihuacan o si por el contrario, fueron recuperadas de cualquier centro del Clásico al que hubieran llegado como objetos de intercambio. En consecuencia, en la lista de las posibles fuentes de obtención de las manufacturas teotihuacanas, figuran una multitud de sitios de ese período, ubicados dentro y fuera de la Cuenca de México. Se llega así a un callejón sin salida. Sin embargo, lo que más nos importa aquí es el origen cultural y no el geográfico de los productos teotihuacanos. Supongamos que Teotihuacan es, entre todos los sitios de la lista, la más plausible fuente de obtención, dado que, como vimos, los mexicas la visitaban periódicamente, y que parece válido afirmar que entre sus vestigios se encuentra una cantidad relativamente mayor de este tipo de bienes.

Ahora bien, es factible que la adquisición de piezas teotihuacanas haya seguido tres diferentes rutas, no excluyentes entre sí. Ellas son: el descubrimiento

fortuito, la búsqueda y la transmisión de piezas de generación en generación.

El descubrimiento fortuito

En cuanto al hallazgo casual no es raro, aún en la actualidad que los campesinos encuentren materiales arqueológicos al roturar sus milpas con el arado. Sin embargo, en la mayoría de los casos se trata de materiales de uso doméstico. Además habría que recapacitar un poco sobre si los agricultores del Postclásico hubieran preferido cultivar la pequeña capa de suelo acumulada en el centro ceremonial de Teotihuacan -lugar supuestamente habitado por seres sobrenaturales-, a sembrar en tierras óptimas para el cultivo. Asimismo, si éste hubiera sido el caso, es difícil concebir que un individuo con sencillos aperos de labranza como el bastón plantador o la pala de madera, haya podido remover accidentalmente tierra suficiente para sacar a la luz una rica caja de ofrenda o una cista. Con ello no quiero omitir de ninguna manera la posibilidad de este tipo de hallazgos, sino únicamente subrayar su probable menor importancia en Teotihuacan.

La búsqueda intencional

Por el contrario, me parece más lógico suponer la búsqueda de las ricas manufacturas teotihuacanas. Resulta muy conocida en la actualidad la costumbre mesoamericana de depositar tanto muertos como ofrendas en lugares precisos. Los rituales en honor de los difuntos y de los dioses siguieron en la época

prehispánica pautas muy estrictas, de manera que la colocación de cadáveres y de regalos correspondía con un supuesto orden cósmico. En efecto, la tradición arqueológica llega al grado de afirmar que el especialista más versado en el oficio, con el simple hecho de colocarse en el lugar indicado y excavar por un corto tiempo, es capaz de lograr sorprendentes descubrimientos.

Creo, un poco más en serio, que el mesoamericano que buscara premeditadamente un entierro tendría un éxito mayor que el del más prestigiado arqueólogo de nuestros días, ya que conocería mejor la tradición secular que señalaba la colocación de todas las cosas en el universo.

Afortunadamente, las búsquedas quedaron registradas en los textos sahaguntinos. En uno de ellos, el franciscano deja entrever cómo, tras el abandono de Tula, se inició el saqueo de sus antigüedades:

> ...al fin se hubieron de ir de allí dejando sus casas, sus tierras, sus pueblos y sus riquezas, y como no las podían llevar todas consigo, muchas dejaron enterradas y aun ahora algunas de ellas sacan debajo de tierra, y cierto no sin admiración de primor y labor.[88]

Otra mención más explícita proviene de la misma obra de Sahagún. En ella se refieren los trabajos que debía pasar un individuo para adquirir piedras preciosas.

> Hay personas que conocen dónde se crían las piedras preciosas, y es que cualquier piedra preciosa, donde quiera que está, está echando de sí vapor o exhalación como un humo delicado, y este humo se aparece

[88] *Historia General de las Cosas de Nueva España*, p. 598.

> cuando quiere el Sol salir, o a la salida del Sol; y los que las buscan y conocen, éstos pónense en lugar conveniente cuando quiere salir el Sol, y miran hacia donde sale el Sol, y donde ven salir un humito delicado, luego conocen que allí hay piedras preciosas, o que ha nacido allí o que ha sido escondida allí, y van luego a aquel lugar, y si hallan alguna piedra de donde salía aquel humito entienden que dentro de ella está alguna piedra preciosa, y quiébranla para buscarla, y si no hay piedra donde sale aquel humito, cavan la tierra y hallan alguna caja de piedra, donde están algunas piedras preciosas escondidas, o por ventura está en la tierra misma escondida o perdida.[89]

Por otra parte, el registro arqueológico nos da más luces al respecto. El simple fragmento de una vasija pulquera mexica parece ser un indicio de latrocinio cometido en las ruinas de Teotihuacan. Se encontró en la entrada de la larga cueva sagrada sobre la que se levanta la Pirámide del Sol. Como apunta Doris Heyden:

> ...existen pruebas de que, en época antigua, fue saqueada esta cueva; las paredes que atraviesan el túnel y lo dividen en tramos fueron rotas de modo intencionado. El fragmento de cerámica azteca, si no se introdujo en fecha reciente y por accidente, como piensa Millon, sugiere que los saqueadores podrían haber sido los aztecas mismos.[90]

El saqueo era ya en época prehispánica una práctica generalizada. Desgraciadamente desconocemos las circunstancias bajo las cuales se llevaba a cabo, y,

[89] *Ibidem*, p. 692-693.

[90] Heyden, "¿Un Chicomostoc en Teotihuacan? La cueva bajo la pirámide del Sol", p. 5.

sobre todo, la clase de individuos que se aventuraban al pillaje de los tesoros de "seres portentosos". Sin embargo, como pudimos ver en el texto de Sahagún, existían personas dedicadas a esa labor. Quizás podría pensarse que sacerdotes o gente guiada por ellos, fueran los encargados de desenterrar objetos valorados tanto por sus cualidades estéticas como por sus poderes mágicos.

La transmisión de generación en generación

La última ruta de obtención posible supone la transmisión de objetos sumamente valiosos de padres a hijos durante varias generaciones. Eso sucedía, por ejemplo, entre los indios pawnees y wichitas de los Estados Unidos. Aquellos objetos que representaban y legitimaban el poder de los jefes eran conservados con gran celo. Su importancia en la consecución del bienestar de la comunidad era tal que, según cuenta la tradición, en el caso de ser robados o destruido el grupo debía desmembrarse.[91] Es probable que de esta manera llegara al Postclásico temprano de Tula una máscara teotihuacanoide de piedra verde.[92]

[91] Godelier, *Economía, fetichismo y religión*, p. 351-352.
[92] Robert Cobean, comunicación personal, junio de 1986.

La circulación postclásica de materiales teotihuacanos

Mayores dificultades surgen al intentar esclarecer la manera en la que las piezas teotihuacanas y teotihuacanoides llegaron a Mexico-Tenochtitlan. Aquí es poco lo que nos ayudan las fuentes escritas. A pesar de ello, aproximémonos un poco al problema.

Desde el punto de vista descriptivo, los modos de circulación pueden dividirse en dos grandes categorías: las ligadas y las no ligadas al mercado.

La circulación mercantil

En lo que respecta a la primera categoría, una búsqueda concienzuda en las descripciones hispanas acerca del mercado de Tlatelolco -el más renombrado del mundo prehispánico-, fue totalmente infructuosa. En las narraciones más coloridas de la vida de ese mercado, entre las que destacan las de Cortés, Bernal Díaz, Durán, el Conquistador Anónimo, Pedro Martyr de Anglería, López de Gómara y Sahagún, no se menciona la venta de objetos similares a los encontrados en el Templo Mayor, ni nada que se les parezca. Y ello por el simple hecho de que los españoles que tuvieron el privilegio de conocer los

mercados no habían adquirido las aptitudes necesarias para distinguir las "antigeüdades" de los demás géneros de bienes suntuarios en venta. En este estado de cosas, únicamente podría conjeturarse que el valor mágico de estas piezas, evocadoras de un pasado mítico, era tan grande, que no se enajenaban al mejor postor en las plazas públicas (como en el caso del mercado libre), sino que su transferencia seguía caminos preferenciales.

La circulación no mercantil

Parece más lógico, por lo tanto, que los bienes teotihuacanos y teotihuacanoides circularan por vías no mercantiles. Tal vez la demanda que de estos productos hacía la nobleza mexica se canalizaba a través de los sistemas tributarios que confluían en los distritos urbanos del Lago de Tetzcoco. Recordemos por un momento que el señorío de Teotihuacan estaba sujeto al de Tetzcoco, uno de los *hueytlatocáyotl* que integraban la Triple Alianza. Por ende, los poblados ubicados alrededor de la zona arqueológica se veían obligados a pagar periódicamente tributo en especie y en mano de obra a la capital del Acolhuacan. A su vez, Teotihuacan (San Juan) recibía las contribuciones de los pequeños pueblos asentados en su proximidades.

No obstante lo anterior, las matrículas de tributo son muy claras al señalar la clase de artículos que entraban y salían de las arcas de los señores teotihuacanos. Tenemos noticia de que la época prehispánica se daban al *tlatoani* de Teotihuacan

> ...6 envoltorios de máxtlatl, 5 envoltorios de mantas bordadas grandes, 10 mantas blancas, un manojo de 10 plumas finas, 5 maxtles labrados, 6 envoltorios de mantas grandes, 630 medidas de cacao, 62 gallinas, y gente del servicio; mantas blancas de algodón y máxtlatl, 5 envoltorios; 7 envoltorios de mantas de 4 esquinas, 140 cargas de ocote, 120 petates, 60 icpales, 10 chiquihuites, 280 molcajetes, 10 ollas, 2 cántaros, 7 medias fanegas de maíz, 14 gallinas, 280 cacaos, 7 cajetes de tomates, 7 cajetes de pepitas, 7 cajetes de chiles, 700 chiles anchos, 7 medidas de sal, 30 cargas de leña, 60 molenderas, 7 aguadores, 7 atizadores, más las 32 milpas que se labran al tlatoani en su señorío.[93]

Como puede observarse, a excepción de las mantas y de los maxtles bordados, las ricas manufacturas no se incluyen en esta nómina. Lo mismo sucede en la relación que Ixtlilxóchitl y Torquemada hacen de los tributos fijados por Tetzcoco a Teotihuacan y otros catorce pueblos. Durante medio año

> ...estos traían Leña, Carbon, Esteras, y todas las demas cosas pertenecientes, al servicio de la Casa Real: barrian, traian agua, y estaban a todas las cosas que se les mandaban.[94]

Aunque en ningún momento estos autores mencionan el tributo de objetos suntuarios, cuando menos nos dan a conocer la existencia de un flujo constante de bienes desde el Valle de Teotihuacan hasta Tetzcoco. Es posible que las antigüedades, cuya adquisición se caracteriza en cierta forma por la contingencia, no fueran por ello objetos de tasación; pero

[93] Apud Münch, *El cacicazgo de San Juan Teotihuacan...*, p. 17.
[94] Torquemada, *Monarquía Indiana*, t. 1, p. 167; *cf.* Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. 2, p. 114.

que, a pesar de la contingencia de su obtención siguieran esporádicamente los canales de tributación antes mencionados. En este supuesto, las piezas teotihuacanas llegarían finalmente a Tenochtitlan como valiosos dones entre individuos de igual jerarquía, que favorecían las relaciones amistosas, o como tributos extraordinarios requeridos para fiestas de entronización o inauguración de algún edificio.[95]

Ahora bien, los materiales teotihuacanos y teotihuacanoides procedentes del territorio ocupado actualmente por los estados de Guerrero y Oaxaca tal vez arribaron a Tenochtitlan sin la intervención de muchos intermediarios. A partir de la conquista de Oztuma, Tlalcozauhtitlan, Ocuapa, y Coixtlahuacan durante el señorío de Motecuhzoma Ilhuicamina (1440-1469), comenzaron a llegar a la capital tenochca las bellas esculturas de piedra verde.[96] Este flujo se intensificaría con las conquistas de las zonas ubicadas más al sur, que realizaron Axayácatl, Ahuítzotl y Motecuhzoma Xocoyotzin.[97] En este caso también resulta plausible el que de cuando en cuando las piezas desenterradas de ruinas arqueológicas llegaran junto con las cuentas y los sartales de chalchihuite tasadas en las matrículas.

Otro camino probable son los famosos botines de guerra: estos preciados bienes pudieron llegar al Templo Mayor de Tenochtitlan, como donación de guerreros distinguidos o de señores sojuzgados. A este respecto Durán nos ilustra:

[95] *Cf.* Olmedo y González, *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor...*, p. 88.

[96] *Matrícula de tributos*, folios 17, 20, y 23; *Códice Mendocino*, folios 37 r., 40 r., y 43 r.

[97] Gibson, "Structure of the Aztec Empire", p. 379-380.

> Llegados los mexicanos a la ciudad de México fueron de toda la ciudad muy bien recibidos con muchos regocijos y fiestas de los sacerdotes que salieron con sus braseros en las manos [...] los festejaron y llevaron al templo donde ofrecieron grandes ofrendas de los despojos y de las cosas que de la guerra traían... [98]

Una última posibilidad que no debe descartarse son los viajes a Teotihuacan ordenados por la nobleza mexica con la expresa finalidad del saqueo. Desgraciadamente no se tiene ninguna prueba a este respecto.

[98] *Historia de las Indias...*, t. I, p. 153.

Teotihuacan y el Templo Mayor de Tenochtitlan

Como vimos desde un principio, el Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan fue el destino final de las piezas teotihuacanas y teotihuacanoides obtenidas en las ruinas de la "Ciudad de los Dioses" y de algunos sitios guerrerenses del período Clásico. Los mexicas tenían una estimación tan grande por las antigüedades teotihuacanas que las consideraron dignos obsequios para sus divinidades. Seguramente la alta calidad de la fabricación de estos objetos influyó en su sobrevaloración durante las décadas previas a la Conquista. Pero sobre todo, la supuesta naturaleza mágica de los bienes cuya creación era atribuida a los portentosos constructores de las pirámides de Teotihuacan, decidió a los mexicas a ofrendarlos en su recinto sagrado. Seguramente, ese carácter mágico no sólo lo tenían las piezas completas, sino que se extendía hasta sus fragmentos. De no ser así, es difícil concebir la causa de que varias piezas rotas y simples fragmentos (el 22% del material estudiado) se hubieran incluido entre los ricos regalos enterrados en el Templo Mayor (Cuadro I).

Si se considera el total de elementos rescatados por el Proyecto Templo Mayor a lo largo de cuatro años de labores (alrededor de 7000), el número de

piezas teotihuacanas y de copias de dicho estilo parece muy pequeño. Sin embargo, como señalé, cada una de las 64 piezas relevantes para la investigación, ocupaba invariablemente un lugar de preeminencia dentro de la organización espacial de los objetos de la ofrenda. Asimismo, debe tomarse en cuenta el enorme contraste existente entre todas las antigüedades encontradas en el Templo Mayor: su número es mayor, en comparación con las reliquias olmecas (solamente una) y las toltecas (que no pasan de una decena). Por ende, la importancia contextual y porcentual de dichas piezas no puede considerarse secundaria, más aun si se recuerda que cuatro templos con un estilo marcadamente arcaizante tenían una gran implicación semiótica dentro de la trama arquitectónica del recinto sagrado tenochca.

No todos los objetos teotihuacanos y teotihuacanoides se ofrendaron tal y como fueron encontrados: un porcentaje importante de piezas (25%) fue decorado por los mexicas con anterioridad a su enterramiento definitivo. Los delgados recubrimientos de pintura o de chapopote; los dibujos de atributos humanos o divinos, y los glifos delineados en la cara interna de las máscaras, añadidos por artesanos mexicas, acentuaban viejos significados religiosos de las piezas o, en su lugar, les conferían uno nuevo. Así por ejemplo, las ollas y relacionadas con Tláloc conservaron esta filiación al ser pintadas de azul o con chapopote; algunas máscaras humanas fueron transformadas en rostros de dioses, y una figurilla antropomorfa adquirió con la pintura corporal de franjas rojas, la significación de un sacrificado de guerra (Cuadro II).[99]

[99] Véanse láminas 3 y 5.

Por lo que respecta a la ubicación espacial de las ofrendas que contenían los materiales teotihuacanos y de sus imitaciones guerrerenses, resulta muy interesante la existencia de un patrón más o menos homogéneo de disposición.[100] Al parecer, estas manufacturas formaron parte, indistintamente, de los rituales dedicados a Huitzilopochtli y a Tláloc: las piezas se encontraron en ambos costados de la pirámide doble , y aún tres de ellas fueron rescatadas del interior de dos pequeños templos próximos (el "Templo Rojo" y el "Templo B"). Sin embargo, reviste una mayor importancia el hecho de que la totalidad del material se concentrara en ofrendas pertenecientes o posteriores a la erección de la IV etapa constructiva del Templo Mayor. El contraste con las etapas precedentes es sumamente notorio. En ninguna de las 22 ofrendas enterradas con anterioridad a la IV etapa que excavó el Proyecto Templo Mayor, fueron incluidos artefactos relacionados con la cultura teotihuacana.

Si la cronología tentativa de Matos es correcta,[101] puede suponerse que la costumbre de depositar antigüedades en el recinto sagrado de Tenochtitlan se remonta a la época de Motecuhzoma Ilhuicamina (1440-1469).[102] En otras palabras, estos materiales comienzan a hacerse presentes a partir de 1440 y no dejan de aparecer, cuando menos, hasta la sexta etapa constructiva (1486-1502).[103] Asimismo, los adora-

[100] Véase plano general.

[101] *Una visita...*, p. 50, véase cuadro II.

[102] Hay que tomar en cuenta que una máscara olmeca de piedra verde fue depositada en la ofreda 20 de la IV época contructiva.

[103] Conviene apuntar aquí que no fue encontrada ninguna ofrenda perteneciente a las etapas constructivas posteriores al año de 1502, en vista de los pocos restos que de ellas perduran hasta nuestros días.

torios teotihuanoides se incluyen en este lapso, ya que, como vimos, se construyeron alrededor del año 1500 (Cuadro II).

Pero ¿por qué a partir de 1440 se inicia o por lo menos se intensifica, la práctica de recuperar y revalorar a las culturas pretéritas? ¿Qué sucedía en ese entonces en la sociedad mexica para que se fomentara de tal forma la reutilización de manufacturas de pueblos desaparecidos y se evocara un pasado casi mítico construyendo bellas obras arquitectónicas?

Las estrategias del cambio

El período enmarcado por las fechas extremas de 1440 y 1502 fue de profundas y vertiginosas transformaciones en el seno del mundo mexica y de sus contemporáneos mesoamericanos. Como bien se sabe, bastaron cien años para que los habitantes del islote de Tenochtitlan perdieran su condición de pueblo dominado y explotado por los señores de Azcapotzalco, para convertirse en una sociedad expansionista y sojuzgadora. Fue éste un ascenso rápido por caminos no del todo ortodoxos en la historia mesoamericana. El gobierno de Itzcóatl (1427-1440) inicia esa transición; el pueblo mexica recobra su libertad venciendo a los tepanecas. Sin embargo, fue propiamente hasta el ascenso del primer Motecuhzoma cuando se estructuró la organización estatal tenochca. Con las conquistas de importantes señoríos en Morelos y Guerrero empezó un prolongado período de expansión. El reinado de Axayácatl (1469-1481) -durante el cual se ofrendó el mayor número de objetos teotihuacanos y teotihuacanoides en el Templo Mayor- aparece como una época de consolidación que sigue a las victorias de Motecuhzoma I; pero las conquistas continuaron, derrotando a varios pueblos otomíes, mazahuas y matlatzincas, así como a los vecinos más

próximos, los tlatelolcas. Después del breve mandato de Tízoc, Ahuítzotl -el séptimo de los tlatoque tenochcas- logró alcanzar las fronteras más remotas de la historia mexica. Las conquistas del sur de Guerrero, Oaxaca, Tehuantepec y Xoconochco fueron las más importantes.

En pocas palabras, tras los sesenta y dos años que duraron los gobiernos de Motecuhzoma I, Axayácatl, Tízoc y Ahuítzotl, el poder mexica se volvió preponderante en el Altiplano Central. Se puede definir éste como un período caracterizado por la integración, consolidación y expansión máxima del estado mexica.[104]

En opinión de Mario Erdheim, después de la conquista de Azcapotzalco en 1428, se registró un cambio muy significativo dentro del sistema político tenochca: el poder central adquirió los recursos económicos necesarios para sostener cuadros administrativos y militares, por medio de los cuales el *tlatoani* era ahora capaz de imponer sus designios. La corta brecha entre gobernantes y súbditos se distanció en unos cuantos años, de tal manera que los conflictos antes solventados a través de acuerdos más o menos democráticos comenzaron a solucionarse con el ejercicio de la violencia y la represión. Otro factor que hay que considerar en este distanciamiento es la muy factible "importación" de cuadros dirigentes o de asesoramiento administrativo ante la carencia local de personal capacitado para manejar la "nueva riqueza". El equilibrio de fuerzas entre *pipiltin* y *macehualtin* se había perdido para siempre. Al parecer, a partir de ese entonces el poder de los gobernantes se tornó absoluto y sus decisiones inapelables.[105]

[104] Gibson, "Structure of...", p. 379-380.

[105] "Transformaciones de la ideología mexica en la realidad social", p. 210.

Ante el incremento inusitado de poder político en las manos de unas cuantas personas, se establecieron -no siempre conscientemente- una serie de estrategias de reconocimiento y legitimidad a fin de que dicho poder deviniera en verdadera autoridad.[106]

> Las capas gobernantes de la sociedad azteca, que habían encontrado nuevos sistemas para sujetar a sus súbditos por medio de la violencia estaban en busca de mejores ideologías para legitimarse. Incluso se puede suponer que toda la esfera ideológica se hallaba en proceso de reestructuración.[107]

Las nuevas relaciones asimétricas y las crecientes posiciones en materia de derecho, estatuto y poder, prosperaron con el uso de argumentos justificativos de diversas naturalezas. Un original cuerpo de doctrina difundida a través de narraciones, mitos, consejos y parábolas, mitigaba en cierta forma las contradicciones y los conflictos de intereses en las relaciones sociales. Además, los rituales (festividades, juegos, procesiones, danzas, representaciones y ofrendas) se utilizaron, indudablemente, con objeto de reforzar las recientes diferencias en la distribución del poder, del privilegio, del prestigio y de la riqueza.

Estos canales de información que coadyuvaban al mantenimiento de un orden interno, fungían también como elementos cohesionadores de la sociedad

[106] Hay que aclarar que los dominadores recurren frecuentemente a estas estrategias de manera inconsciente ya que viven profundamente la cosmovisión que profesan y la vuelven una creencia personal. Sobre este tema véase Passeron, "La teoría de la reproducción social como una teoría del cambio: una evaluación crítica del concepto de 'contradicción interna'", p. 423.

[107] Erdheim, "Transformaciones de la ideología...", p. 210-211.

ante cualquier elemento externo. A partir del gobierno de Itzcóatl, la ideología fue un valioso instrumento no sólo para apuntalar su autoridad, sino para movilizar a la guerra.[108]

A través de la exaltación de la unidad, de la expresión de una "personalidad común" y del inculcamiento de un alto sentido de solidaridad, los mexicas lograron en menos de cien años la mayor expansión territorial de la historia mesoamericana. Puede decirse que un complejo de símbolos relacionados con emociones y sentimientos y que impulsaban al hombre común a actuar en favor de los propósitos del Estado, fueron los elementos legitimadores del cambio y que consolidaron a la sociedad estatal en surgimiento.

La nobleza mexica justificaba su dominación sobre los plebeyos por medio del cumplimiento de dos tipos de funciones: por una parte los servicios reales, y por la otra, las funciones puramente ilusorias concernientes a la dominación de las fuerzas invisibles que controlan el universo. Y precisamente las funciones que gozaban de un mayor prestigio eran éstas últimas. Los gobernantes fundamentaban su poder en el acceso exclusivo a los ancestros, a los dioses y a otros seres sobrenaturales. Desde corta edad, los *pipiltin* asistían al *calmécac* para adquirir, los conocimientos necesarios para manipular la sobrenaturaleza y modelar la ideología. La enseñanza del calendario, la historia y la religión eran básicas para el desempeño exitoso de tales labores.

> ...eran bien enseñados los cantos, los que se dicen "cantos divinos". Leían los libros, y era bien enseñada

[108] *Ibidem*

la cuenta de los destinos, el texto de los sueños y el texto de los años.[109]

Al final de una larga y esforzada vida de estudios, el individuo de origen noble era capaz de ocupar cargos públicos de gran importancia.

Y si el niño pertenece al calmécac, será tlamacazqui; o la niña [lo será también].[110]
Y a él [Mexícatl teohuatzin, máximo sacerdote del calmécac] se les dejaban todos los hijos de la gente para que los enseñara, para que vivieran correctamente. Y quizás serían tlatoque, o quizás serían ricos, o quizás dirigirían a la gente, gobernarían...[111]

El uso de la religión y la recreación de la historia fueron dos de las estrategias que sustentaron ideológicamente el nuevo *status quo*. En la sociedad mexica, el poder y la religión iban siempre de la mano; la religión fungía como un instrumento del poder, como su garantía de legitimidad. Y ello por la razón de que se asociaba el orden político con el orden del cosmos. En consecuencia, cualquier transgresión al orden terreno se consideraba un sacrilegio.[112]

Los sacerdotes se hacían obedecer gracias a la autoridad que les confería su papel de mediadores entre lo profano y lo sagrado. En tiempos de crisis, el elemento religioso entraba en juego para sustentar al sistema. Así por ejemplo, por medio de la incitación a la captura de guerreros para el sacrificio, se pretendía tanto preservar el movimiento cíclico del

[109] López Austin, *Educación mexica*, p. 53.
[110] *Ibidem*, p. 61.
[111] *Ibidem*, p. 153.
[112] *Cf.* Balandier, *Antropología política*, p. 117-130.

Sol como reproducir una economía basada en la tributación.

El manejo de la historia era también un valioso instrumento. Se registraban preferentemente hechos irrepetibles de suma importancia para el Estado. Las genealogías dinásticas, las conquistas, la fijación de los tributos periódicos, las migraciones y el establecimiento de linderos territoriales eran los sucesos anotados -y tergiversados- por funcionarios oficiales. La memoria histórica de los mexicas era eminentemente pragmática.[113]

Larga sería la enumeración de los testimonios que ilustran el uso y la modificación continuada de las concepciones religiosas y de la memoria histórica, con el fin expreso de justificar ante el pueblo las decisiones políticas de los *pipiltin*. Para los propósitos de este trabajo creo necesaria la inclusión de algunos de dichos testimonios. Si bien algunos de ellos no pueden considerarse fundamentales en la transformación de la ideología mexica, expresan de manera muy evidente las intenciones subyacentes de los *tlatoque*. Una a una las estrategias aparecen como fenómenos aislados cuyas causas no son muy claras, pero al considerarlas en conjunto y ubicarlas temporalmente, recobran una mayor coherencia.

Un primer suceso importante y muy conocido se remonta al reinado de Itzcóatl. Los libros de la historia conservados celosamente por hombres que eran "tenidos por dioses", fueron quemados por mandato de los principales:

[113] Nicholson, "The concept of History in Pre-Hispanic Mesoamerica", p. 1.

> Ya no puede recordarse, ya no puede indagarse qué tanto tiempo se duró en Tamoanchan; que quiere decir "se desciende a nuestro hogar".
> Porque se guardaba la historia; pero ardió cuando gobernaba Itzcóatl en México. Se hizo concierto entre los señores mexicas. Dijeron: "No es conveniente que todo mundo conozca la tinta negra, los colores. El portable, el cargable [el plebeyo] se pervertirá, y con esto se colocará lo oculto sobre la tierra [las artes mágicas]; porque se inventaron muchas mentiras.[114]

No resulta difícil percatarse de la causa real de la quema de los registros de la magia y del pasado mexicanos. Se pretendía eliminar los instrumentos con los que los dirigentes del antiguo sistema gubernamental -tal vez hombres de prestigio mágico en el *calpulli*- se hacían escuchar,[115] y a la vez borrar toda fuente de conocimiento de una tradición poco gloriosa.

Así, a través de la recreación de la historia, de la interpretación del pasado a partir del presente, los señores forjaron en el pueblo la conciencia de nación dominadora, indispensable para emprender campañas militares extenuantes. En una narración de la llegada de los mexicas a Tenochtitlan se les vaticina un futuro belicoso.

> Y al punto id vosotros, id a ver el tenochtli...por lo que alegremente sobre él está en pie allá, el aguila allá come, allá se calienta al sol... y pues allá estaremos, guardaremos, esperaremos, nos reuniremos con la diversa gente, nuestro pecho, nuestra cabeza, nuestra flecha, nuestro escudo lo con que les veremos a todos cuantos yacen en derredor nuestro, todos los

[114] López Austin, "El texto sahaguntino...", p. 310.
[115] *Ibidem*, p. 325.

> conquistaremos; ...por esto estará nuestro poblado México-Tenochtitlan, el lugar de gritar el águila, su lugar de desplegarse, el lugar de comer del águila, y el lugar de destrozar la serpiente, México-Tenochtitlan y pues mucha cosa se hará.[116]

De seguro los campesinos y los artesanos del islote se hubieran conformado con mantener la libertad alcanzada en 1428; pero al saberse los "elegidos" para conservar con la sangre humana el eterno caminar del Sol, cambiaron sus expectativas.

Por su parte, Motecuhzoma Ilhuicamina se vio obligado a fundamentar este nuevo destino manifiesto. Con ese objeto,

> ... viéndose el rey Motecuhzoma, primero de este nombre, en tanta gloria y majestad, envió a buscar el lugar de donde sus antepasados habían venido, y a ver las siete cuevas en que había morado y habitado... y para esto, antes había que buscar brujos o encantadores y hechiceros...[117]

En consecuencia, un importante grupo de emisarios tenochcas, partió hacia el norte para tratar de seguir en dirección inversa la antigua ruta de migración mexica, y localizar Chicomóztoc. De regreso a Tenochtitlan, los emisarios

> ...cuentan a Motecuhzoma sus aventuras y danle el braguero de henequén, la manta y otras cosas que ha-

[116] Tezozómoc, Apud Erdheim, "Transformaciones de la ideología...", p. 201.

[117] Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, t. 2, p. 215.

bía ofrendado Coatlicue. Ellas son depositadas en el Templo de Huitzilopochtli.[118]

Es imposible dar fe del encuentro que los emisarios mexicas tuvieron con la diosa de la Tierra; sin embargo, lo realmente importante es que se haya planeado esta expedición con el objeto de rastrear los orígenes.

Con el ascenso al poder del segundo Motecuhzoma en 1502, se llega a la cúspide de la expansión militar tenochca. Esta se encontraba ya muy cerca de sus límites cuando sobrevino la conquista española: los tenochcas y sus aliados eran incapaces de ganar nuevos señoríos aún independientes; no podían financiar lejanas expediciones bélicas que a la larga serían poco redituables, y luchaban denodadamente por acallar las sublevaciones de los pueblos subyugados.[119] En ese momento, a la vez que se lograba el máximo orden económico y social, se divisaba un inminente resquebrajamiento del sistema, que requería del crecimiento constante para su supervivencia. Los procedimientos y dispositivos ordinarios no bastaban ya; era indispensable echar mano de los elementos "fantásticos".

Tal vez, la edificación del *coateocalli* en el Templo Mayor trató de aumentar la fuerza ideal -mágica- del recinto en el que se asentaba el poder mexica.

> Pareció al rey Motecuhzoma [Xocoyotzin] que faltaba un templo que fuese conmemoración de todos los ídolos que en esta tierra adoraban y, movido con el celo de religión, mandó que se edificase... Llámanle coa-

[118] *Ibidem*, t. 2, p. 225.

[119] Nalda, "México prehispánico, origen y formación de las clases sociales", p. 140-142; *cf.* López Luján, "Los mexicas, últimos señores de Mesoamérica", p. 182.

teocalli que quiere decir "casa de diversos dioses", a causa de toda la diversidad de dioses que había en todos los pueblos y provincias. Los tenía allí allegados dentro de una sala y era tanto el número de ellos, y de tantas maneras y visajes y hechuras, como los habrán considerado los que por esas calles y casas los ven caídos, y otros, en edificios.[120]

Con esta construcción se intentaría dar cabida a los símbolos religiosos de los pueblos sojuzgados, símbolos sin los cuales los dominadores carecían de la enjundia suficiente para rebelarse.

El cuarto dezimo edificio se llama coacalco: este era una sala enterrada, como cárcel: en ella tenían encerrados, a todos los dioses de los pueblos, que auian tomado por guerra: tenianlos alli, como captivos.[121]

[120] *Ibidem*, t. 2, p. 439.
[121] *Códice Florentino*, apéndice del libro 2, folio 111 v.

Conclusiones

A mi juicio, la recuperación del pasado teotihuacano, puesta de manifiesto en las visitas periódicas a la Ciudad de los Dioses, en el ofrecimiento de sus antigüedades como preciados regalos a las deidades del Templo Mayor (*reutilización secundaria*) y en la construcción de edificios que seguían las pautas arquitectónicas de esa urbe (*retorno*), tiene que ser incluida dentro de la serie de acontecimientos históricos enumerados anteriormente. Ese rescate de una tradición extinta debe entenderse como una de tantas estrategias esgrimidas por la nobleza mexica para sustentar ante propios y extraños, y ante mortales y dioses, su posición dominante. Con respecto a la función de la recuperación del pasado, Enrique Cerrillo nos ilustra:

> Un hecho frecuente que se observa cuando existen cambios en el seno del mismo subsistema religioso, cambios en el sistema de creencias, es que la nueva religión tome como modelos experiencias previas en religiones anteriores a la par que sacraliza espacios que ya poseían ese carácter...
> El arcaismo adquiere una vivencia de entroque con lo sagrado, de tal modo que viene a ser como una espe-

cie de certificado de autenticidad de ese nuevo cuerpo de creencias.[122]

Como hemos visto, a finales del siglo XV y principios del XVI, se vivía una época de fuertes cambios en el sistema de representaciones, caracterizado por el inusitado aumento de la sacralidad y la tergiversación del pasado. Precisamente, la intensificación del enterramiento de bienes relacionados con sociedades pretéritas y la edificación de reminiscencias arquitectónicas de viejas civilizaciones, coinciden con ese lapso.

Manifestaciones simbólicas como éstas, referentes a un pasado mítico ofrecían a los gobernantes soluciones concretas para solventar los problemas generales que se planteaban entonces. Tales símbolos objetivaban los nuevos papeles sociales. Puede suponerse que casi todas las manufacturas teotihuacanas, olmecas y la arquitectura teotihuacanoide y toltecoide habían perdido su significado y función originales. Quizás, despojados ya de connotaciones específicas, habían adquirido la calidad de símbolos sacros por excelencia, de alusiones directas a una vida grandiosa.[123]

Las ofrendas de bienes teotihuacanos eran acciones del grupo dominante dedicadas a los seres sobrenaturales, que tenían como fin servir al interés general. A cambio, como intermediarios, ellos se beneficiaban de un enorme prestigio -en ocasiones se volvían seres sagrados-, y recibían bondades materiales. Asimismo, la ostentación, el manejo consuetudinario y el ofrecimiento a sus dioses de objetos supuesta-

[122] "Religión y espacio, aproximación a una arqueología de la religión", p. 50.

[123] Véase por ejemplo Gendrop, "El tablero-talud en la arquitectura mesoamericana", p. 17.

mente sagrados, conferían a los *pipiltin* poderes ideales y materiales sobre el resto de la sociedad.

Los mexicas rescataron un pasado que nunca fue suyo. Estos "advenedizos" de la Cuenca hicieron así de su presencia un suceso menos contingente y su lugar en el cosmos apareció menos arbitrario para los vecinos. Al final de cuentas, la filiación mítica con los constructores de Teotihuacan los despojaba de todo anonimato, así como su descendencia indirecta del pueblo tolteca los hacía sentir que pertenecían a un mundo del que se habían adueñado. Tanto en los documentos escritos como en los restos arqueológicos aparece ese afán por establecer la "cuerda histórica" de la legitimidad, desde el origen del hombre en Tamoanchan, hasta el gran poder en Tenochtitlan, pasando por Teotihuacan (el lugar de la grandeza) y por Tollan (el fundamento político). La búsqueda de las raíces jugaba por tanto un papel fundamental en la cohesión de la sociedad.

Los mexicas pudieron infundir terror entre sus enemigos y legitimar su hegemonía gracias, entre otras cosas, a que su poder emanaba del Templo Mayor, recinto donde se concentraba la fuerza de las deidades de la Guerra y del Agua, de los pueblos sojuzgados y de los antepasados.

Bibliografía

Acosta, Jorge R. *El palacio del Quetzalpapálotl*, México, INAH, 1964.

Alva Ixtlilxochitl, Fernando de. *Obras históricas*, edición, estudio introductorio y apéndice documental por Edmundo O'Gorman, 2v., México, UNAM, 1975.

Angulo, Jorge. "The Chalcatzingo Relieves: an Iconographic Analysis", en David Grove (ed.), *Ancient Chalcatzingo*, Austin, University of Texas Press, 1987, p. 132-158.

Angulo, Jorge y K. Hirth. "Presencia teotihuacana en Morelos", en Evelyn Rattray *et al* (comp.), *Interacción cultural en México Central*, México, UNAM, 1981, p. 81-98.

Balandier, Georges. Antropología política, Barcelona, Ediciones Península, 1969.

Balsalobre, Gonzalo de. Relación auténtica de las idolatrías, supersticiones y varias observaciones de los indios del obispado de Oaxaca, en Jacinto de la Serna et al, *Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, Notas, comentarios y estudio de Francisco del Paso y Troncoso, v. 2, México, Ediciones Fuente Cultural, 1953, p. 337-390.

Batres, Leopoldo. "Exploraciones en las calles de las Escalerillas", en Eduardo Matos (coord.), *Trabajos arqueológicos en el centro de la Ciudad de México (Antología)*, México, SEP/INAH, 1979, p. 61-90.

Beyer, Hermann. El México antiguo, México, Sociedad Alemana Mexicanista, 1969.

Beyer, Hermann. "Relaciones entre la civilización teotihuacana y la azteca" , en Manuel Gamio, *La Población del Valle de Teotihuacán*, v. 2, México, INI, 1979, p. 271-295.

Brambila, Rosa. "Un candelero teotihuacano", en *Notas antropológicas*, v. I, nota 17, UNAM, noviembre de 1973, p. 131-137.

Burckhardt, Titus. La civilización hispano-árabe, Barcelona, Alianza Universidad, 1981.

Cabrera, Rubén *et al* (coord.). Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan, 80-82, México, SEP/INAH, 1982.

Carrasco, Pedro. "La economía en el México prehispánico" en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México Prehispánico*, México, CISINAH. Nueva Imagen, 1978, p. 13-74.

Castañeda, Francisco de. "Relación de Tequizistlan y su partido", en *Relaciones Geográficas del Siglo XVI: México, (6-7)*, 2v., Edición de René Acuña, México, UNAM, 1986, t. 2, p. 211-251.

Castillo, Ignacio B. del. "Historia religiosa", en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, v. 3, p. 461-482.

Castillo, Víctor Manuel. "Matrícula de tributos" en *Historia de México*, v. 2, México, Salvat Editores, 1978.

Ceballos Novelo, Roque. "Manifestaciones intelectuales de la cultura en el período acolhua o post-

teotihuacano" en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, v. 2, p. 297-344.

Cerrillo, Enrique *et al.* "Religión y espacio, aproximación a una arqueología de la religión", en *Arqueología espacial*, v. 1, Colegio Universitario de Teruel, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, 1984, p. 33-57.

Codice Florentino. manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurentiana, 3 v., México, Secretaría de Gobernación/Archivo General de la Nación, 1979.

Codice Mendocino. Prefacio de Ernesto de la Torre Villar, México, San Angel Ediciones, 1979.

Codice Xolotl. Introducción, estudio y apéndices de Charles E. Dibble, México, University of Utah/UNAM, 1951.

Covarrubias, Miguel. "Tipología de la industria de piedra tallada y pulida de la cuenca del Río Mezcala", en *El Occidente de México*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1948, p. 86-90.

Duby, Gertrude. Los lacandones. Su pasado y su presente, México, SEP, 1944.

Drucker, Phillip. "The Cerro de las Mesas offering of Jade and Other Materials", en *Bulletin*, núm. 157, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, 1955, p. 25-68.

Duran, Diego. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, paleografía, introducción, notas y vocabulario de Angel Ma. Garibay K., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1984.

Erdheim, Mario. "Transformaciones de la ideología mexica en la realidad social", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, México, CISINAH/Nueva Imagen, 1978, p. 193-218.

Fuente, Beatriz de la. *Peldaños en la conciencia, rostros en la plástica prehispánica,* México, UNAM, México, 1985.

Gamio, Manuel. *La población del Valle de Teotihuacán,* 5 v., México, INI, 1979.

Gamio, Manuel. "Artes menores", en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán,* v. 2, p. 175-186.

Garcia Cook, Angel y Raúl M. Arana. Rescate arqueológico del monolito Coyolxauhqui, México, SEP/INAH, 1978.

Gibson, Charles. "Structure of the Aztec Empire", en Robert Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians,* v. 10, Austin, University of Texas Press, 1971, p. 376-394.

Godelier, Maurice. *Economía, fetichismo y religión,* Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 1978.

Gussinyer, Jordi. "Hallazgos en el metro, conjunto de adoratorios superpuestos en Pino Suárez", en *Boletín INAH,* núm. 36, SEP/INAH, junio de 1969, p. 33-37.

Gussinyer, Jordi. "Un adoratorio dedicado a Tláloc", en *Boletín INAH,* núm. 39, SEP/INAH, marzo de 1970, p. 7-12.

Gussinyer, Jordi. "Un adoratorio azteca decorado con pinturas", en *Boletín INAH,* núm. 40, SEP/INAH, julio de 1970, p. 30-35.

Gussinyer, Jordi y Alejandro Martínez. "Una figurilla olmeca en un entierro del horizonte clásico", en *Estudios de Cultura Maya,* v. 10, UNAM, 1976-1977, p. 69-80

Heyden, Doris. "¿Un Chicomostoc en Teotihuacan?, La cueva bajo la pirámide del Sol", en *Boletín INAH,* época II, núm. 6, SEP/INAH, septiembre de 1973, p. 3-18.

Heyden, Doris. "Symbolism of Ceramics from the Templo Mayor", en Elizabeth H. Boone (ed.), *The Aztec Templo Mayor*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1987, p. 109-130.

Kidder, A.V. *The artifacts of Uaxactún, Guatemala*, Publication 576, Washington, Carnegie Institution, 1947.

Kubler, George. "Renascence y disyunción en el arte mesoamericano", en *Cuadernos de arquitectura mesoamericana*, núm. 2, UNAM, julio de 1984, p. 75-87.

Leon Portilla, Miguel. *De Teotihuacan a los aztecas, Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1971.

Linne, Sigvald. *Archaeological researches at Teotihuacan, Mexico*, publicación núm. 1, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden, 1934 (nuevas series).

López Austin, Alfredo. *Educación mexica, Antología de textos sahaguntinos*, México, UNAM, 1985.

López Austin, Alfredo. "The Masked God of Fire", en Elizabeth H. Boone (ed.), *The Aztec Templo Mayor*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 1987, p. 257-292.

López Austin, Alfredo. "El texto sahaguntino sobre los mexicas", en *Anales de Antropología*, v. 22, UNAM, 1985, p. 287-336.

Lopez Luján, Leonardo. "Los mexicas, últimos señores de Mesoamérica", en José Ma. Javierre (coord.), *Gran Enciclopedia de España y América, Los habitantes. Hasta Colón*, t. I, Madrid, Espasa Calpe/Argantonio, 1983, p. 170-183.

López Luján, Leonardo. *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, en preparación.

Matos, Eduardo. "El adoratorio decorado de las calles de Argentina", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, v. 17, INAH, 1965, p. 127-138.

Matos, Eduardo. "Una máscara olmeca en el Templo Mayor de Tenochtitlan", en *Anales de Antropología*, v. 16, UNAM, 1979, p. 11-19.

Matos, Eduardo. *Una visita al Templo Mayor*, México, SEP/INAH, 1981.

Matos, Eduardo (coord.). *El Templo Mayor: excavaciones y estudios*, México, SEP/INAH, p. 1982.

Matos, Eduardo. "Los edificios aledaños al Templo Mayor", en *Estudios de cultura náhuatl*, v. 17, UNAM, 1984, p. 15-21.

Miller, Arthur G. *The Mural Painting of Teotihuacan*, Washington, Dumbarton Oaks, 1973.

Millon, René *et al. Urbanization at Teotihuacan*, México, 2 v., Austin, University of Texas Press, 1973.

Müller, Florencia. La cerámica del Centro Ceremonial de Teotihuacan, México, SEP/INAH, 1978.

Munch, Guido. *El cacicazgo de San Juan Teotihuacan durante la Colonia (1521-1821)*, México, SEP/INAH, 1976.

Nalda, Enrique. "México prehispánico, origen y formación de las clases sociales", en Enrique Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, v. 1, México, UAP/Nueva Imagen, 1981, p. 45-165.

Nicholson, H.B. "The concept of history in Prehispanic Mesoamérica", en *Actes du VIe Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques*, t. 2, v. 1, París, p. 1.

Nicholson, H.B. "Major sculpture in Pre-Hispanic Central Mexico", en Robert Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, v. 10,

Austin, University of Texas Press, 1971, p. 92-134.

Olmedo, Bertina y Carlos Javier González. *Presencia del estilo Mezcala en el Templo Mayor: una clasificación de piezas antropomorfas*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1986.

Paddock, John. "Distribución de rasgos teotihuacanos en Mesoamérica", en *Teotihuacan, XI Mesa Redonda*, México, SMA, 1972, p. 223-241.

Passeron, Jean Claude. "La teoría de la reproducción social como una teoría del cambio: una evaluación crítica del concepto de 'contradicción interna'", en *Estudios Sociológicos*, núm. 3, v. 1, El Colegio de México, septiembre-diciembre de 1983, p. 417-442.

Pericot, Luis y Juan Maluquer. *La humanidad prehistórica*, Barcelona, Salvat Editores, 1971.

Rathje, William L. "El descubrimiento de un jade olmeca en la isla de Cozumel, Quintana Roo, México", en *Estudios de Cultura Maya*, v. 9, UNAM,1973, p. 85-91.

Rattray, Evelyn. "La cerámica de Teotihuacan: relaciones externas y cronología", en *Anales de Antropología*, v. XVI, UNAM, 1979, p. 51-70.

Reygadas Vértiz, José. "Estratigrafía y extensión cultural", en Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, v. 2, p. 221-269.

Romero, Erica. "Evidencias post-teotihuacanas en el lado este de la Ciudadela", en Rubén Cabrera *et al* (coords.), *Teotihuacan 80-82, primeros resultados*, México, SEP/INAH, 1982, p. 149-154.

Rubín de la Borbolla, Daniel. "Teotihuacan: ofrendas de los templos de Quetzalcóatl", en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, v.2,

1941-1946, Talleres Gráficos de la Editorial Stylo, 1947, p. 61-72.

Rubín de la Borbolla, Daniel. *Escultura precolombina de Guerrero*, México, UNAM, 1964.

Sahagun, Bernardino de. *Historia General de las Cosas de Nueva España*, numeración, anotaciones y apéndices de Angel Ma. Garibay K., México, Editorial Porrúa, 1975.

Sanders, William T. *The Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley. A preliminary Report of the Results of the Teotihuacan Valley Project*, Pennsylvania, Pennsylvania State University, 1965.

Schiffer, Michael B. *Behavioral Archaeology*, New York, Academic Press, 1976.

Sejourne, Laurette. *Arqueología de Teotihuacán, La cerámica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

Spence, Michael S. "Specialized Production in Rural Aztec Society. Obsidian Workshops of the Teotihuacan Valley", en William Folan (ed.), *Contributions to the Archaeology and Ethnohistory of Greater Mesoamerica*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1985, p. 76-125.

Torre, Roberto de la. "Elementos plásticos integrantes. Escultura y ornamentos", en *Palacio de Bellas Artes, Artes de México*, nº 191, México, año XXII, p. 38-53.

Torquemada, Juan de. *Monarquía Indiana*, Introducción de Miguel León Portilla, 3 v., México, Editorial Porrúa, 1968.

Wagner, Diana. "Reporte de las ofrendas excavadas en 1978", en Eduardo Matos (coord.), *El Templo Mayor: excavaciones y estudios*, México, SEP/INAH, 1982, p. 119-142.

Cuadro I

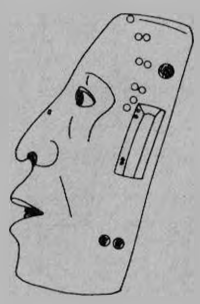
Ofrenda	No. de piezas	Materia prima		Función			Estilo	
		piedra verde 97%	cerámica 3%	escultura antropomorfa 94%		recipiente 6%	Teotihuacan 64%	Guerrero teotihuacanoide 16%
				máscaras 30%	figuras cuerpo completo 70%			
6	8	6	2	1	5	2	6	2
11	1	1	0	1	0	0	0	1
20	3	3	0	1	1	1	3	0
41	2	2	0	0	2	0	2	0
78	1	1	0	0	1	0	0	1
82	1	1	0	1	0	0	1	0
85	2	2	0	0	2	0	1	1
cámara II	14	14	0	5	9	0	5	9
cámara III	31	31	0	9	21	1	22	9
N	1	1	0	0	1	0	1	0
Total 10	64	62	2	18	42	4	41	23

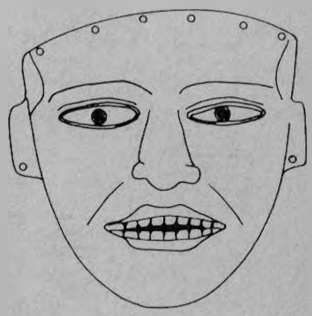
Cuadro II

Ofrenda	Piezas con decoración mexica 25%			Piezas incompletas 22%
	pintura 17%	chapopote 3%	glifos 5%	
6	3	2	0	1
11	0	0	0	0
20	0	0	0	0
41	0	0	0	0
78	0	0	0	0
82	0	0	0	0
85	0	0	0	0
cámara II	7	0	1	4
cámara III	1	0	2	8
N	0	0	0	1
Total	11	2	3	14

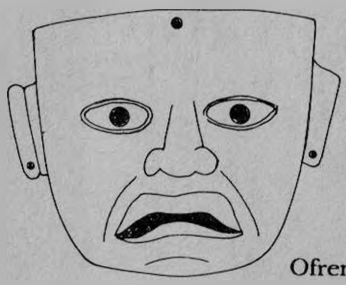
Cuadro III

Ofrenda	Tipo de ofrenda	Edificio	Etapa Construc-tiva	Cronología tentativa (Matos, 1981)	Tlatoani gobernante
6	relleno constructivo	Huitzilopochtli	IV B	1469-1481	Axayácatl
11	relleno constructivo	Tláloc-Huitzilopochtli	IV A	1440-1469	Motecuhzoma I
20	relleno constructivo	Tláloc-Huitzilopochtli	IV B	1469-1481	Axayácatl
41	caja de basalto (2 pzas.)	Tláloc-Huitzilopochtli	IV B	1469-1481	Axayácatl
78	caja de sillares	Templo Rojo	VI	1486-1502	Ahuítzotl
82	relleno constructivo	Huitzilopochtli	V	1481-1486	Tizoc
85	relleno constructivo	Tláloc	IV A	1440-1469	Motecuhzoma I
cámara II	caja de sillares	Tláloc	IV A	1440-1469	Motecuhzoma I
cámara III	caja de sillares	Tláloc	IV A	1440-1469	Motecuhzoma I
N	relleno constructivo	Adoratorio "B"	VI	1486-1502	Ahuítzotl
Rango			IV A-VI	1440-1502	Motecuhzoma I Ahuítzotl





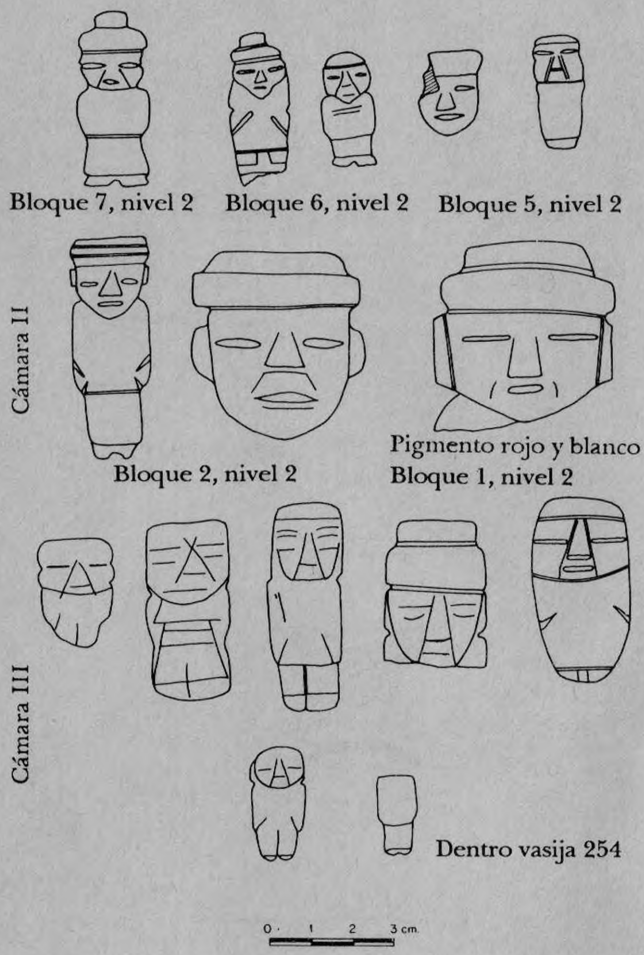
Ofrenda 82, nivel 2



Ofrenda 20, nivel 1

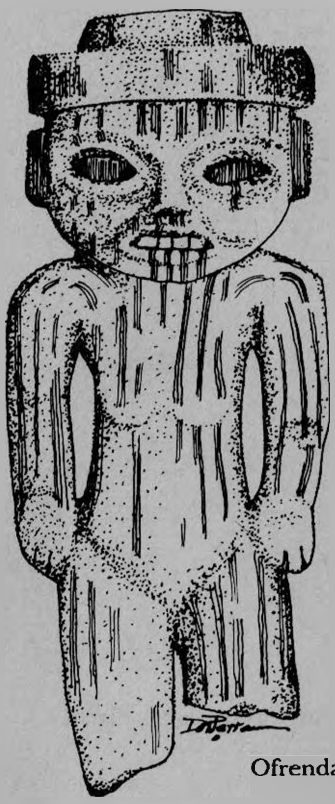
Máscaras teotihuacanas

L.2



Figurillas teotihuacanas

L.3

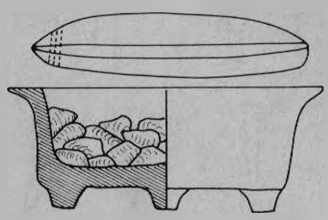


Ofrenda 6, nivel 2

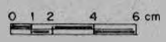
Fígurilla teotihuacana

L.4

Cámara III, nivel 1

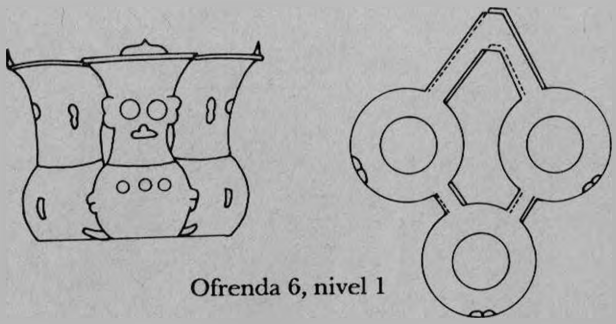


Ofrenda 20, nivel 1

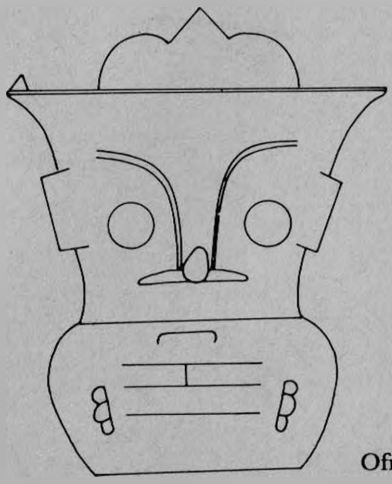


Cajetes teotihuacanos de piedra

L.5



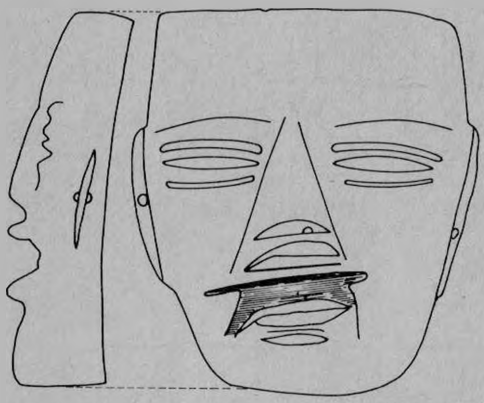
Ofrenda 6, nivel 1



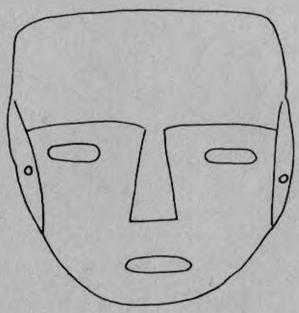
Ofrenda 6, nivel 2

Ollas Tláloc

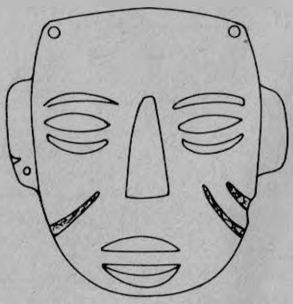
L.6



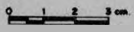
Ofrenda 6, nivel 1



Cámara III, nivel 4

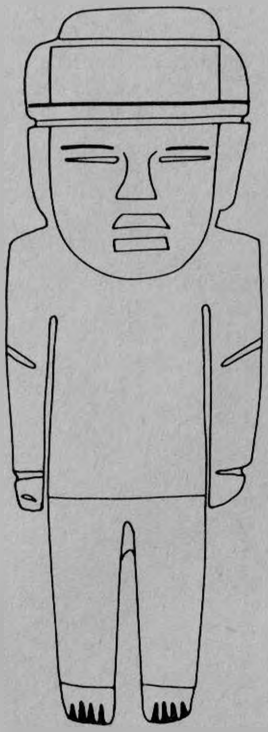


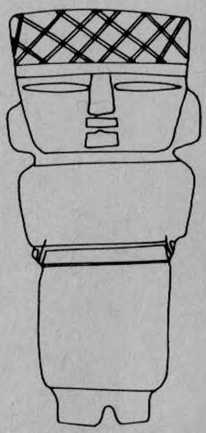
Cámara III, nivel 5



Máscaras teotihuacanoides

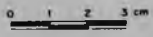
L.7





Cámara III, dentro vasija 54

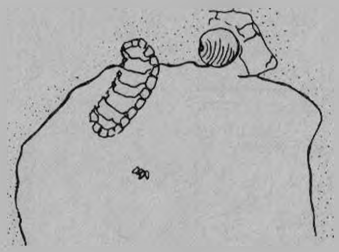
Ofrenda 78, nivel 5

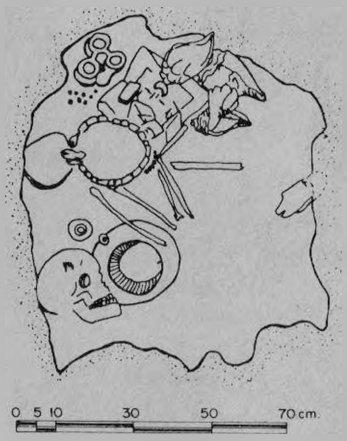


Figurillas teotihuacanoides

L.8

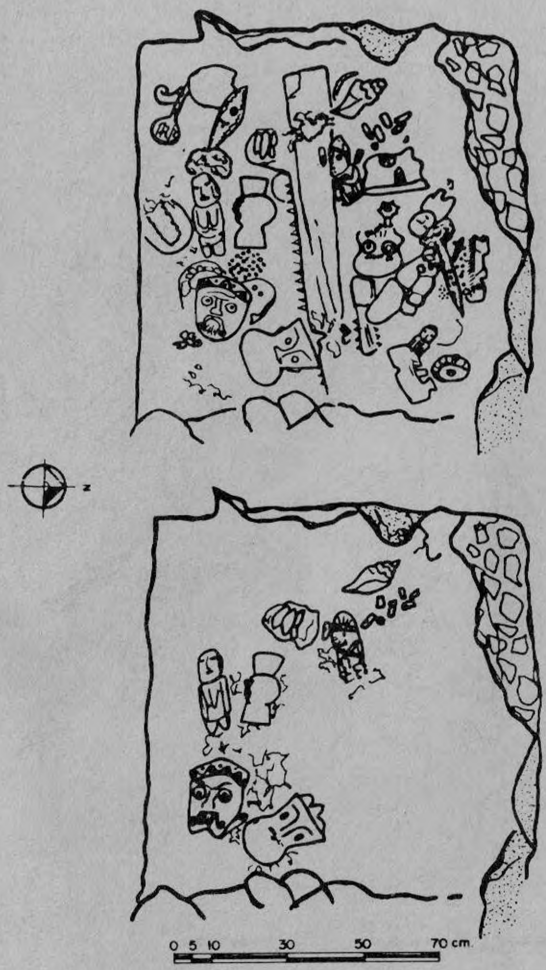
Ofrenda 6, nivel 1





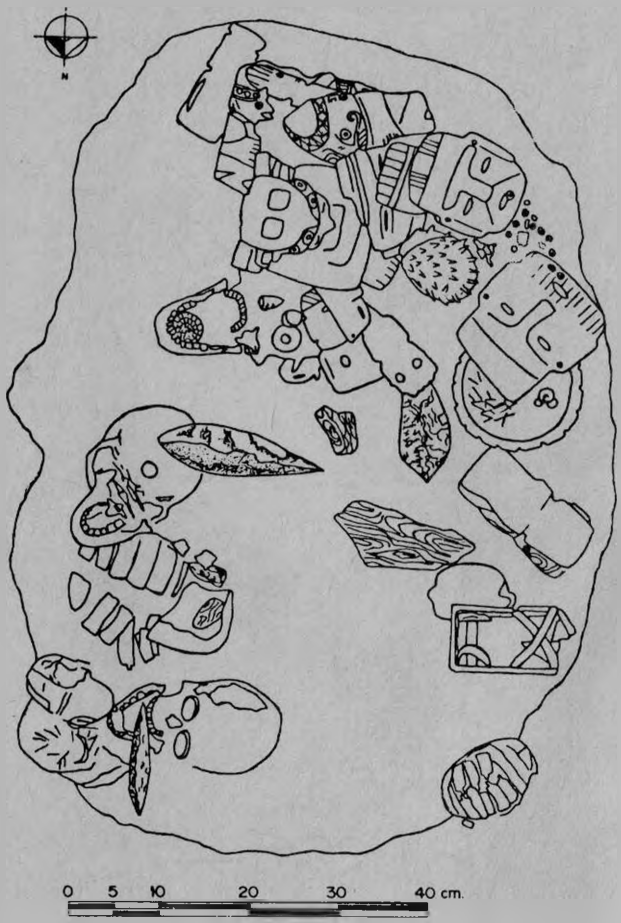
L.9

Ofrenda 6, nivel 2



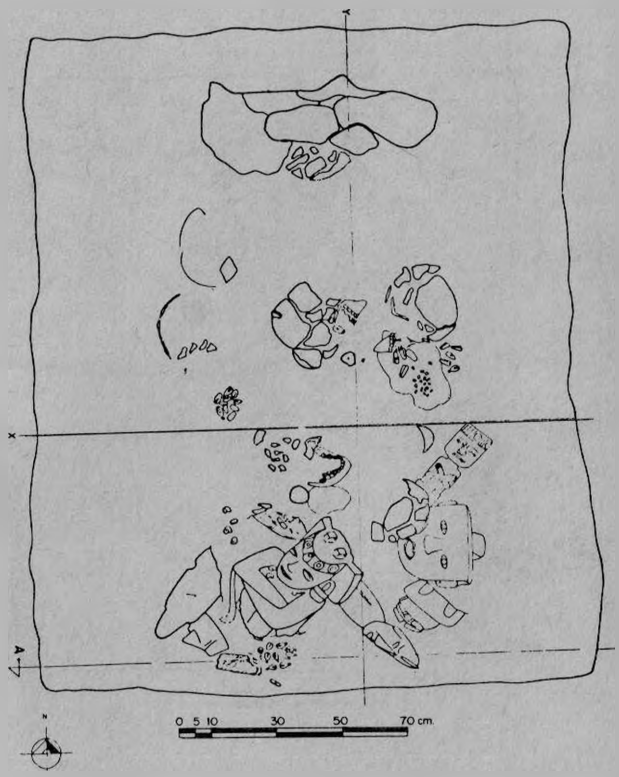
L.10

Ofrenda 11, nivel 2



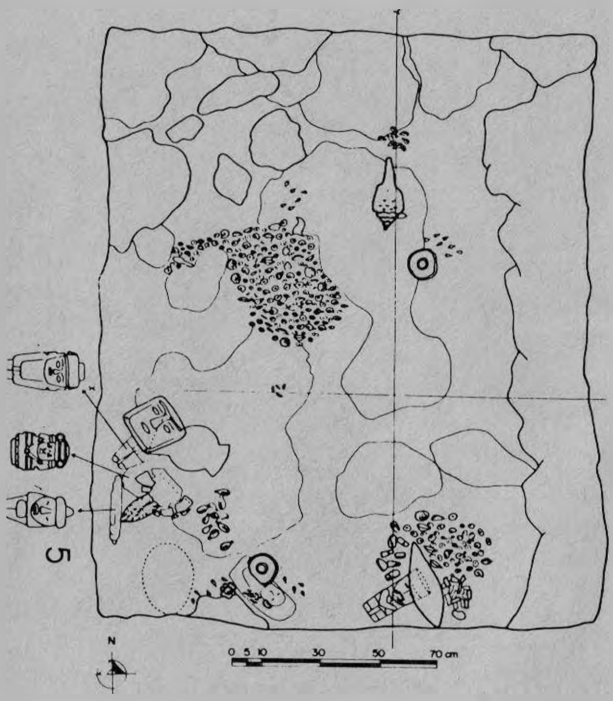
L.11

Ofrenda 20, nivel 1



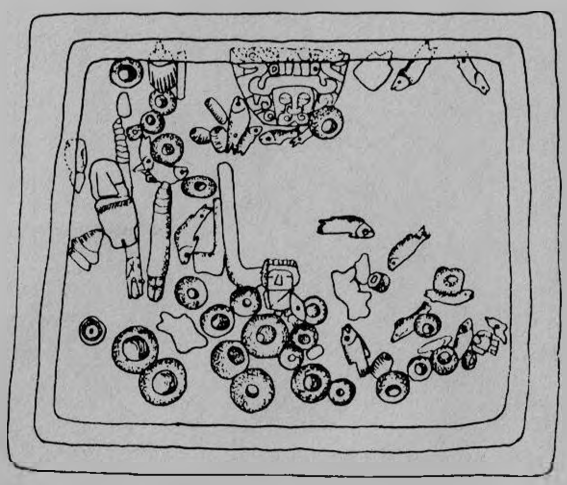
L.12

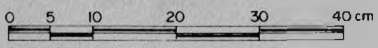
Ofrenda 20, nivel 5



L.13

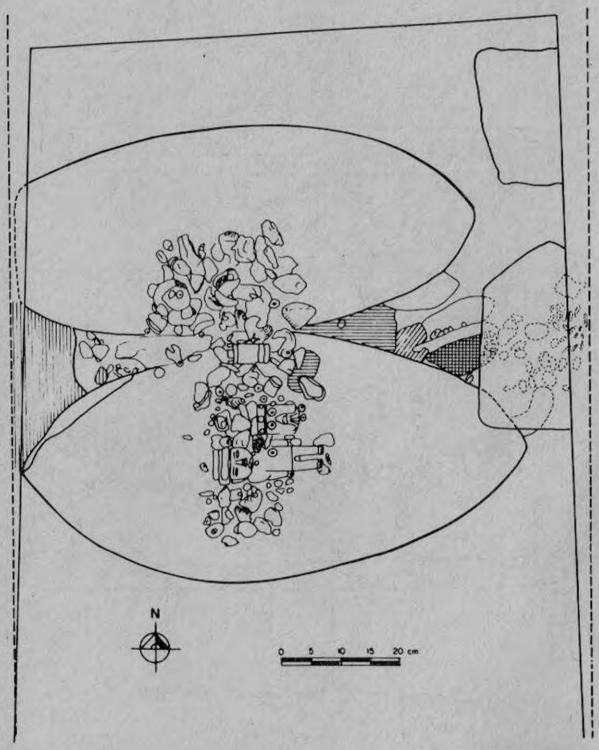
Ofrenda 41, nivel 6



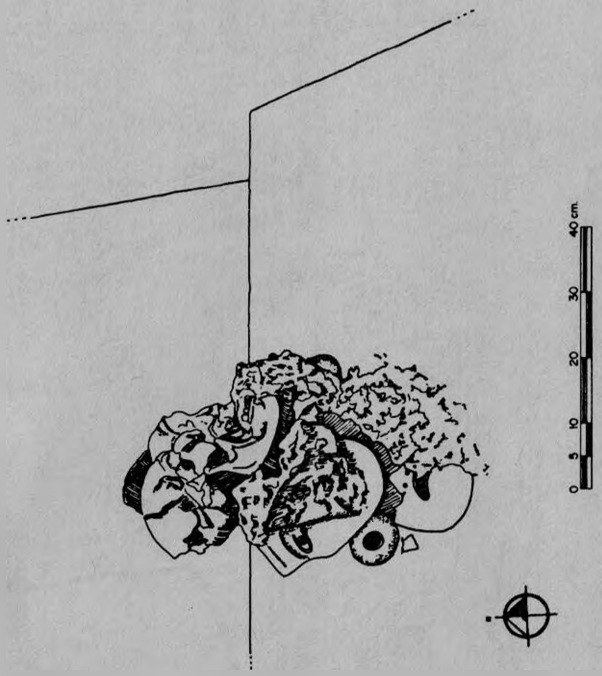


L.14

Ofrenda 78, nivel 5

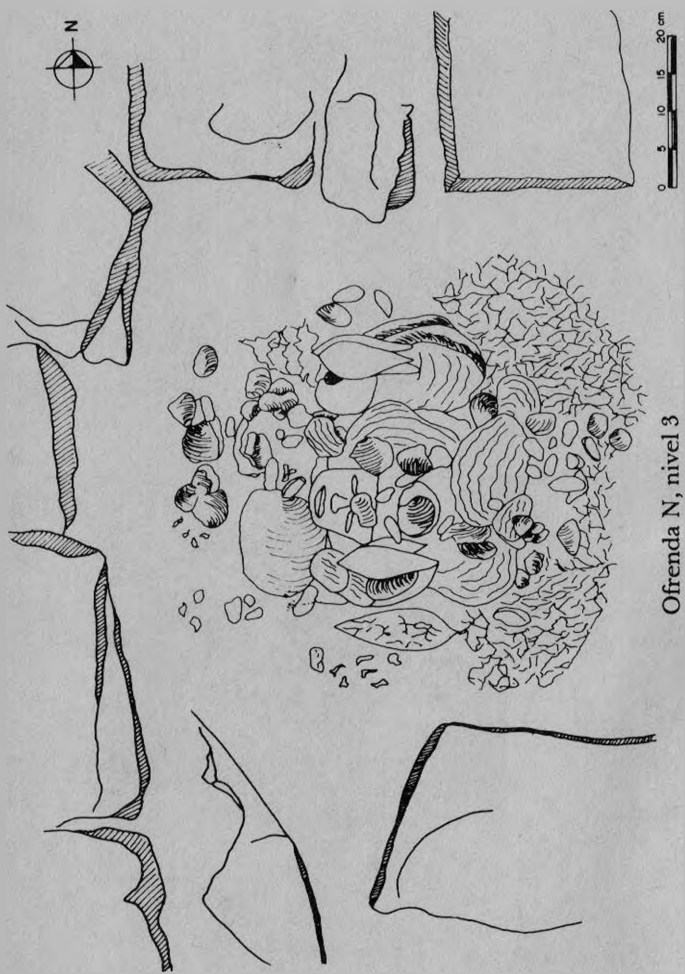


L.15



Ofrenda 82, corte W-E

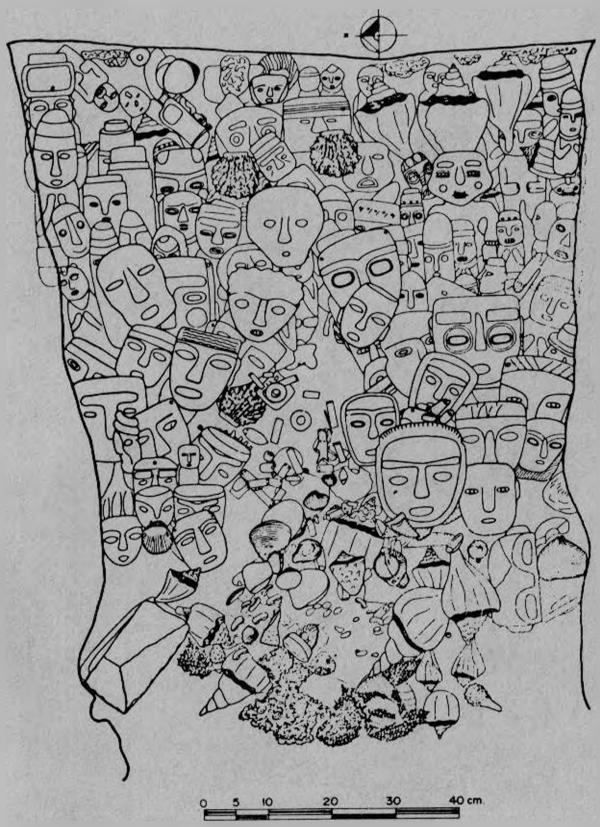
L.16



Ofrenda N, nivel 3

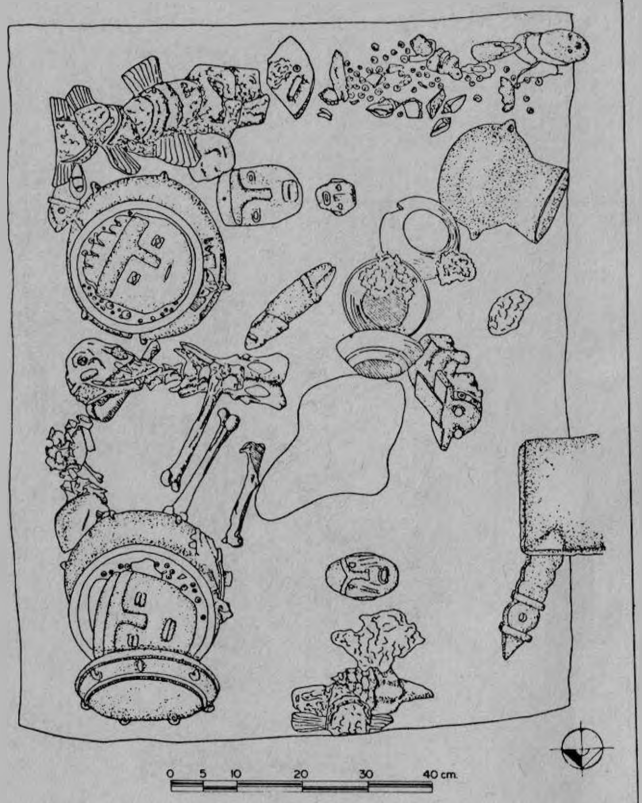
L.17

Cámara II



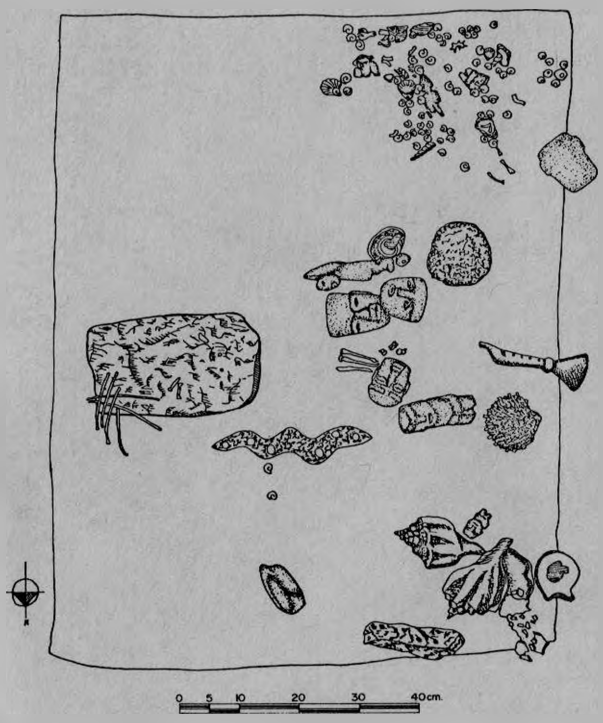
L.18

Cámara III, nivel 1



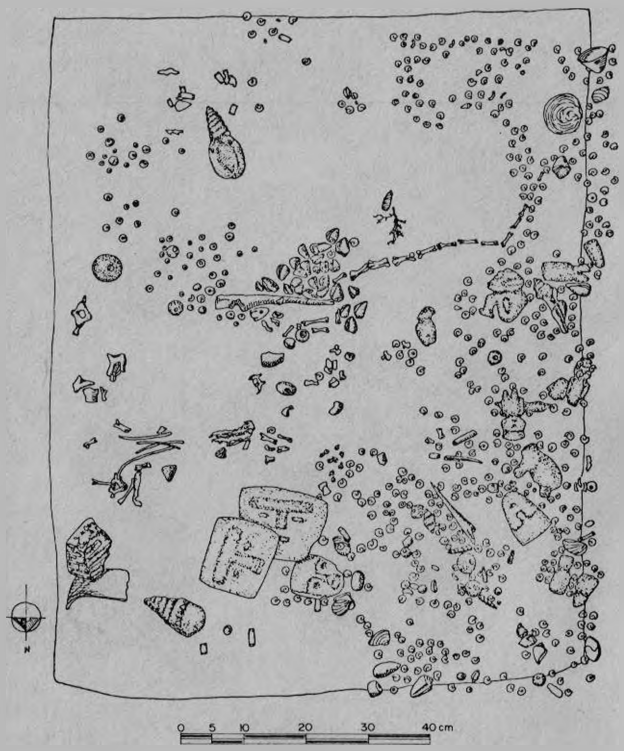
L.19

Cámara III, nivel 3

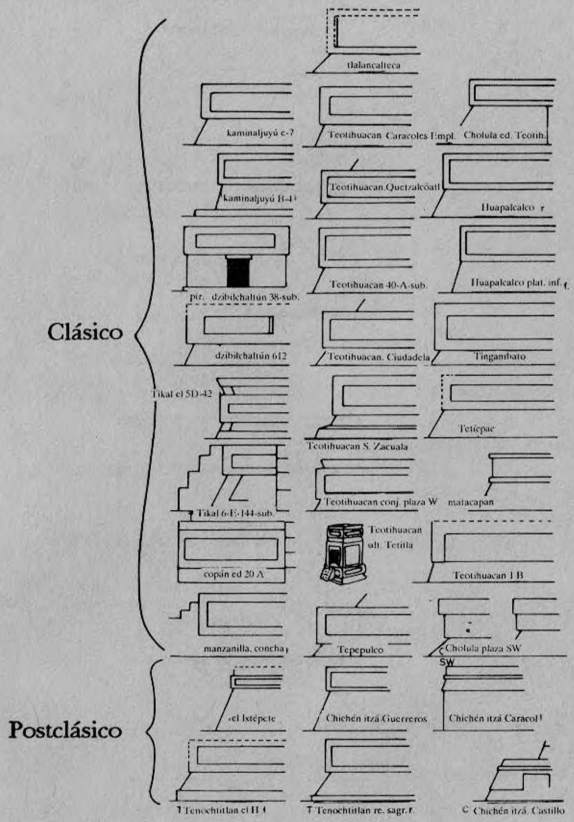


L.20

Cámara III, nivel 8



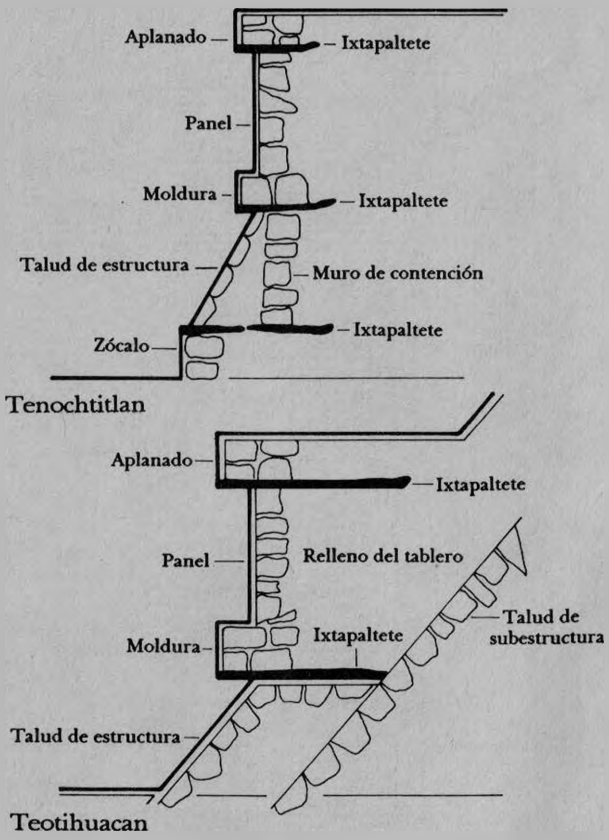
L.21



Tradición arquitectónica tlaxcalteca-teotihuacana

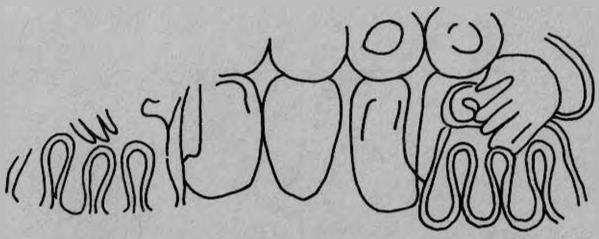
Gendrop, 1984: 48-49

L.22

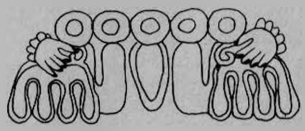


Perfiles arquitectónicos

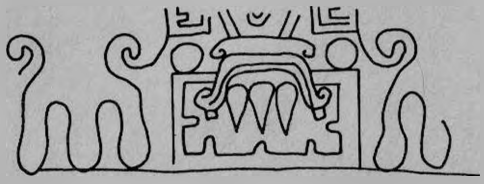
L.23



Tetitla, Teotihuacan (Miller, 1973: 143)

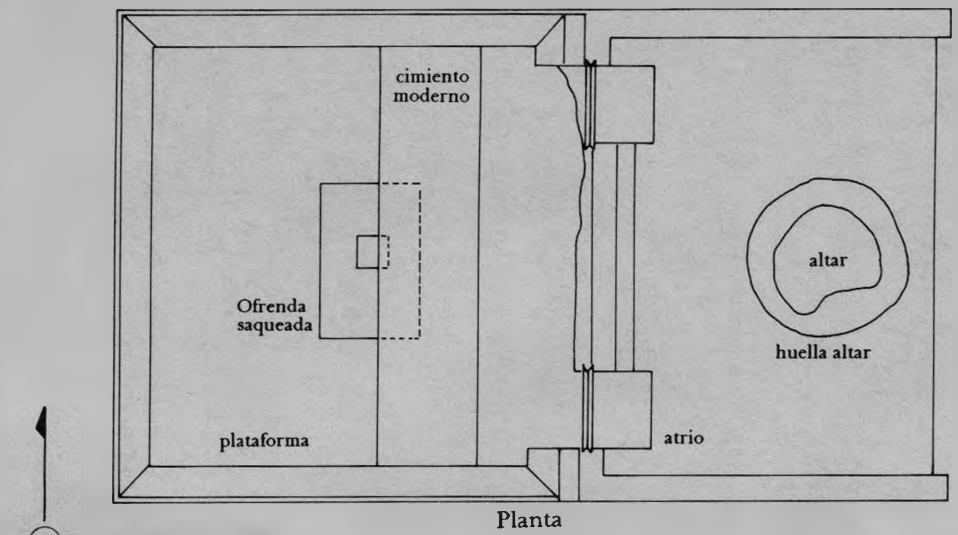


Tetitla, Teotihuacan (Heyden, 1987: 125)



Adoratorio de Argentina y Justo Sierra, Tenochtitlan (Matos, 1969: 135)

Murales de Tetitla y Teotihuacan

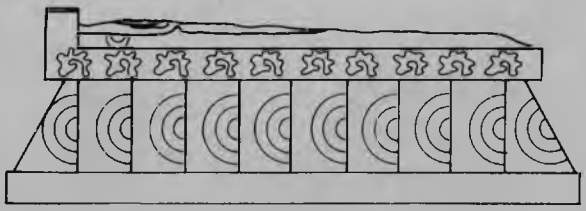


Planta

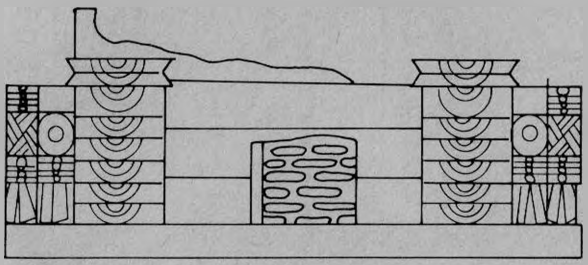
Adoratorio C

L.24

L.25

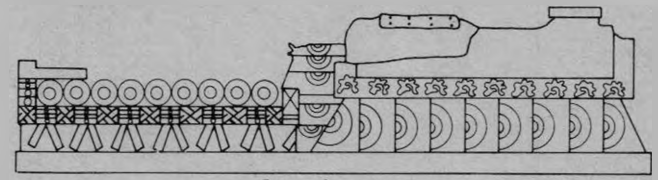


Costado este



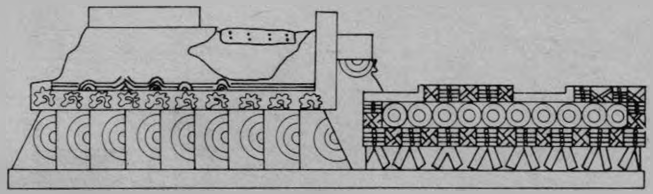
Costado oeste

Adoratorio C



Costado norte

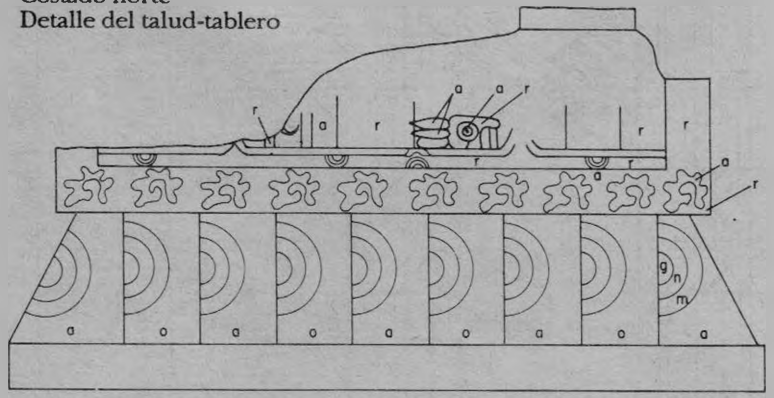
0 50 100 200 250 cm.

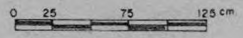


Costado sur

Adoratorio C

Costado norte
Detalle del talud-tablero





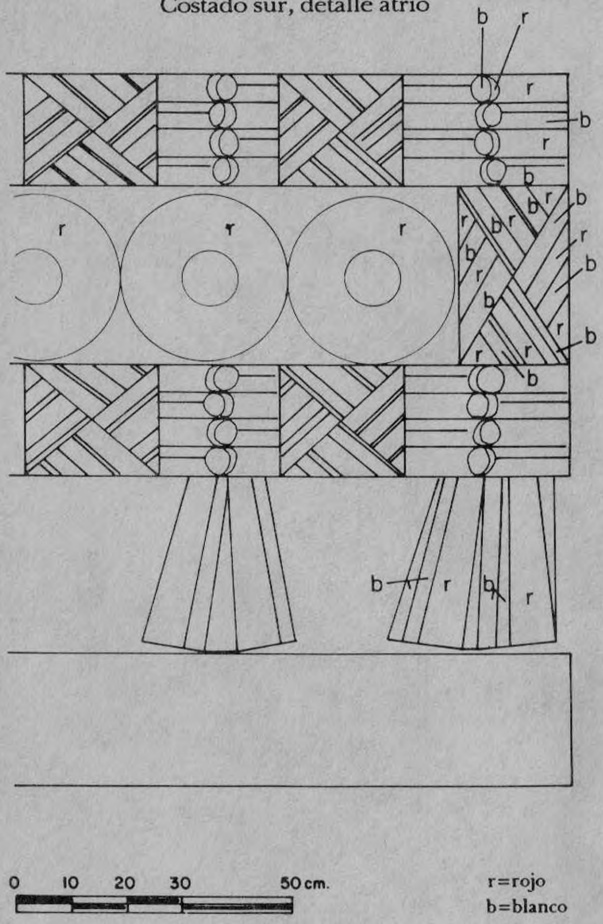
r=rojo b=blanco
o=ocre n=naranja
a=azul m=amarillo
g=negro

Adoratorio C

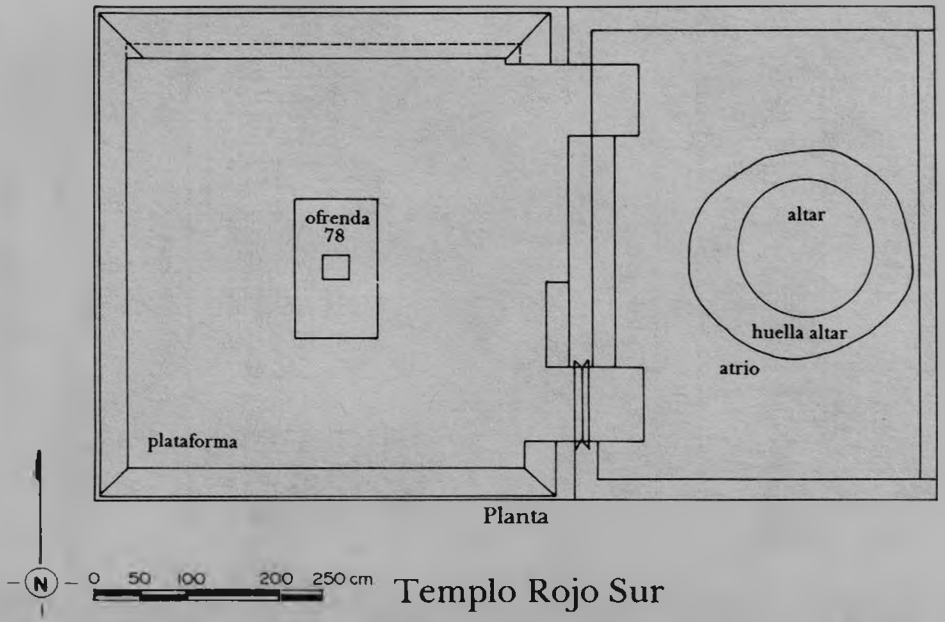
L.27

L.28

Costado sur, detalle atrio



Adoratorio C

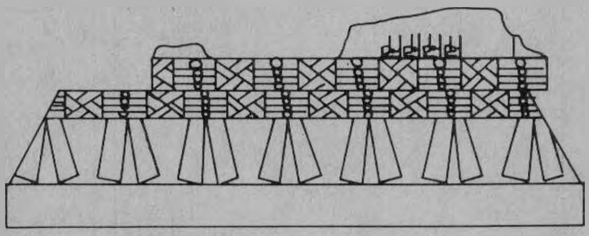


Planta

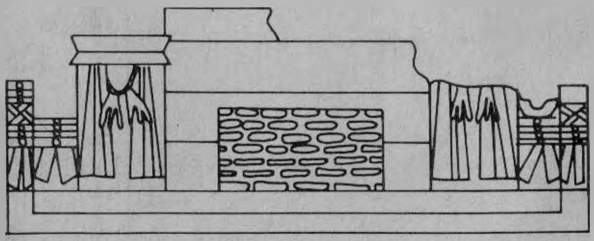
Templo Rojo Sur

L.29

L.30

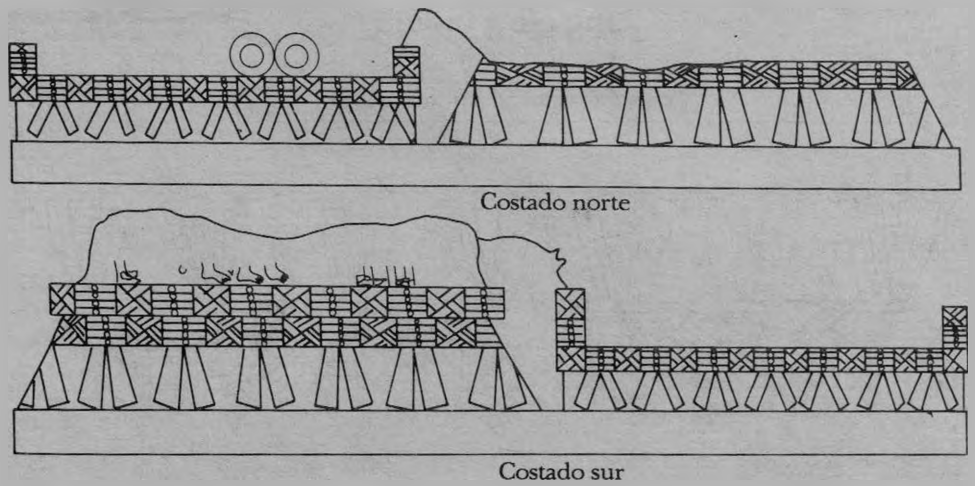


Costado este



Costado oeste

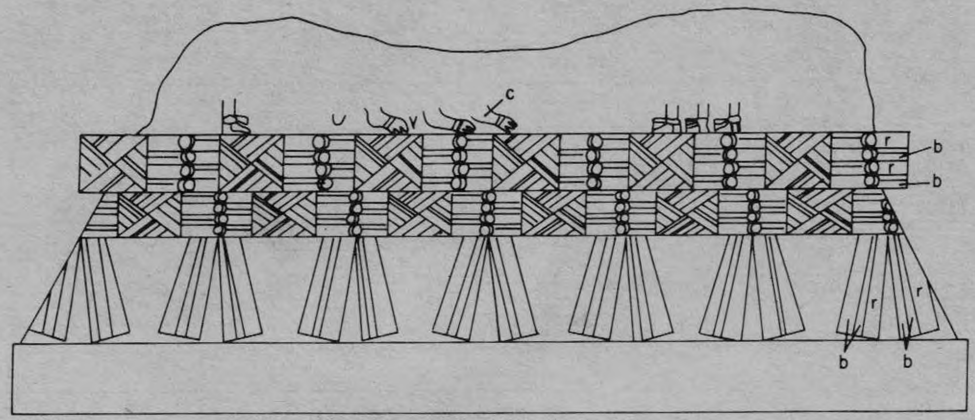
Templo Rojo Sur



0 50 100 200 250 cm.

Templo Rojo Sur

L.31



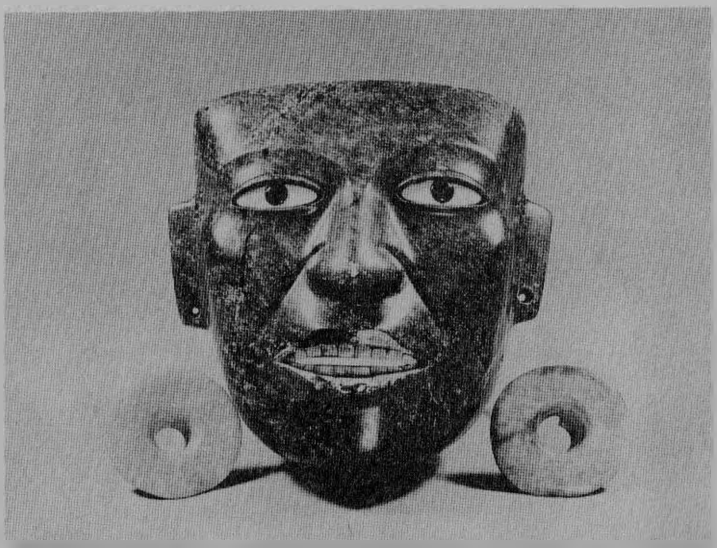
Costado sur, detalle talud-tablero

0 25 50 75 100 125 cm.

Templo Rojo Sur

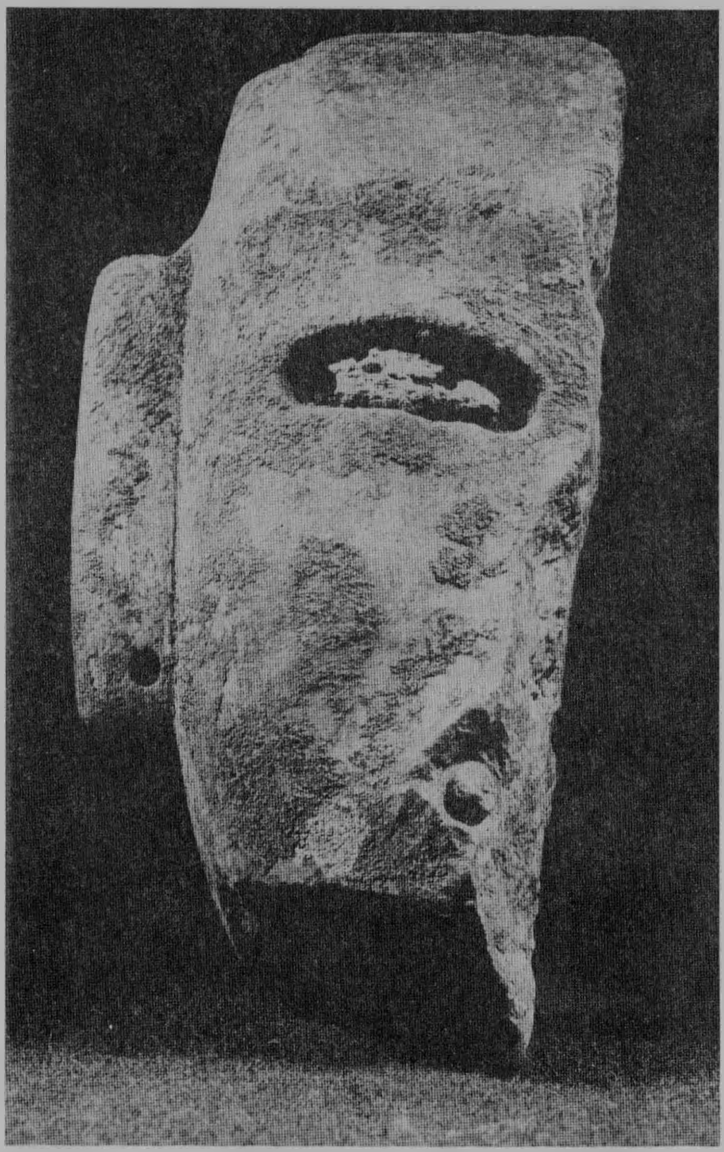
c=café
r=rojo
b=blanco

L.32

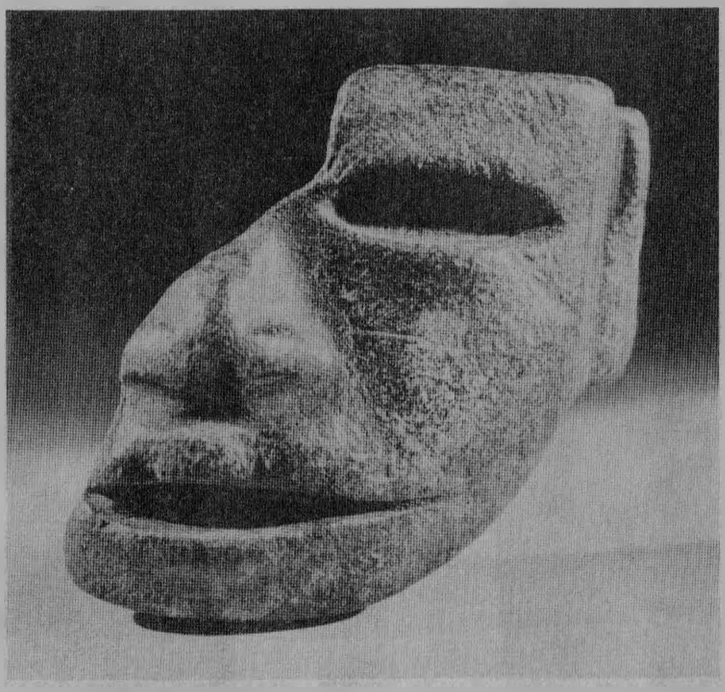


Máscara teotihuacana de piedra verde, ofrenda 82

Máscara teotihuacana de piedra verde, ofrenda 20



Fragmento de máscara teotihuacana de piedra verde, cámara II

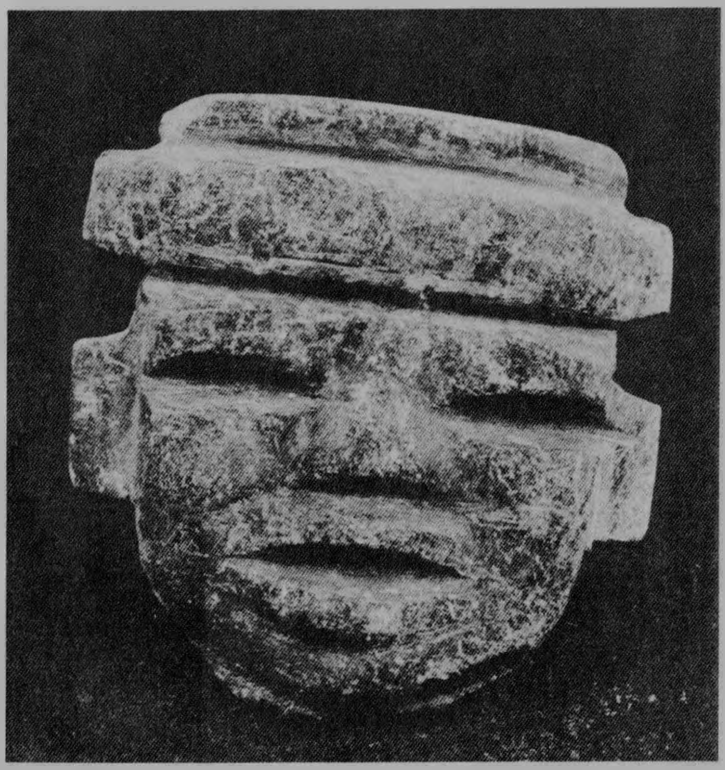


Cabecita teotihuacana de piedra verde, cámara III

Figurilla teotihuacana de piedra verde, cámara II

Escultura teotihuacana de piedra verde, ofrenda 6

Figurilla teotihuacana de piedra verde, cámara III

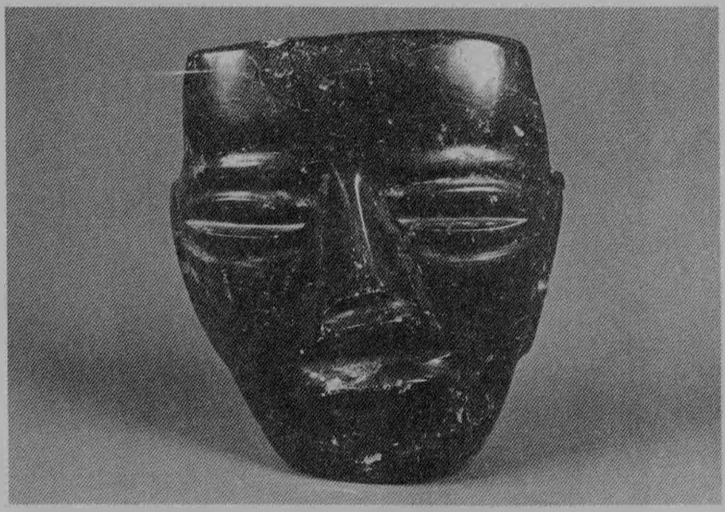


Fragmento de figurilla teotihuacana de piedra verde, cámara II

Caja trípode teotihuacano de piedra verde, ofrenda 20

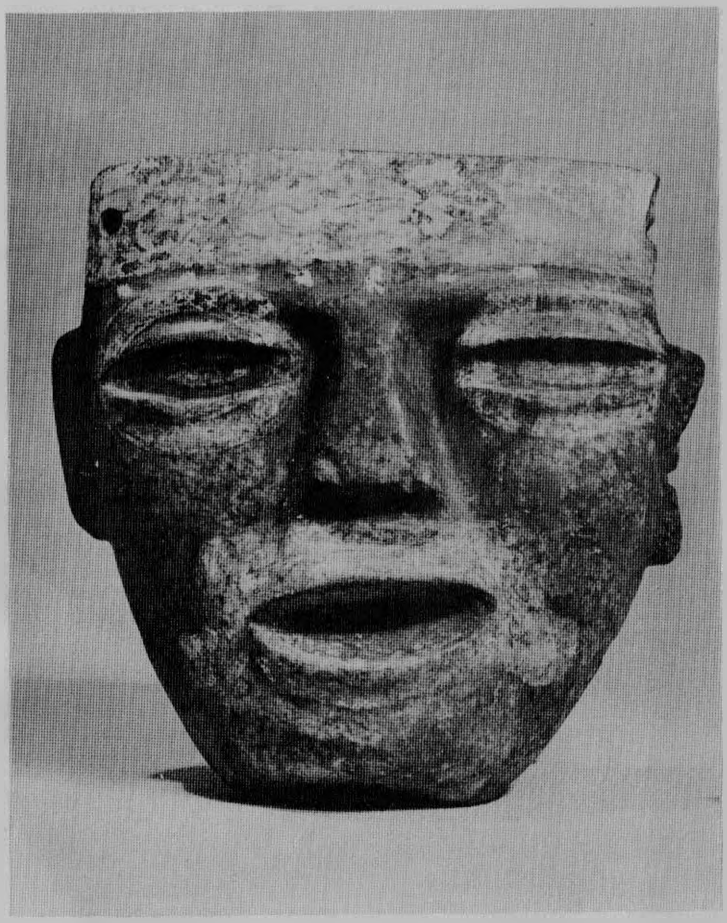
Caja trípode teotihuacano de piedra verde, cámara III

Olla Tláloc teotihuacana de cerámica, ofrenda 6

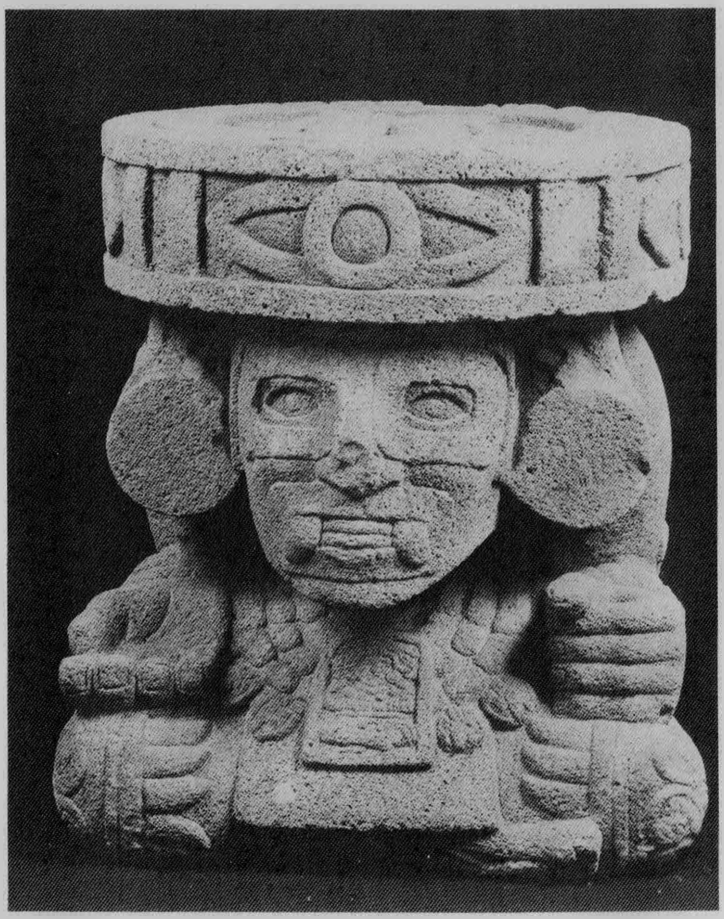


Máscara teotihuacanoide de piedra verde, ofrenda 6

Máscara teotihuacanoide de piedra verde, cámara II

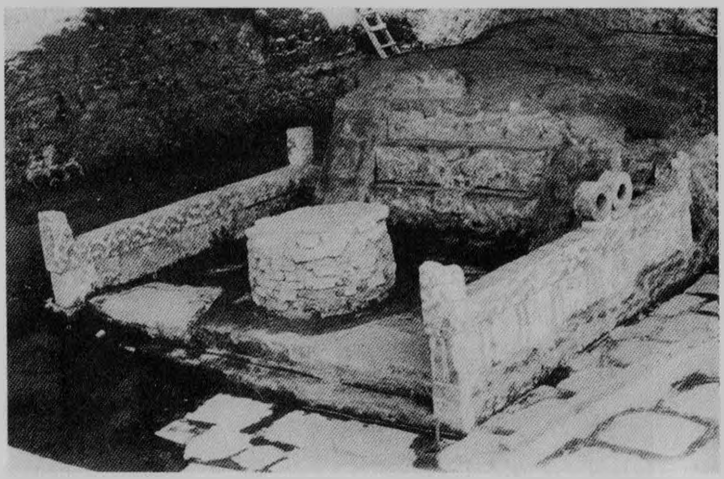


Máscara teotihuacanoide de piedra verde, cámara II

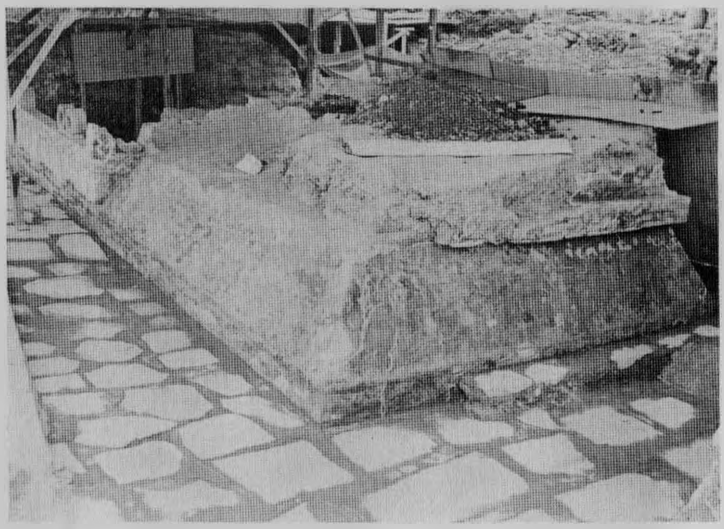


Escultura mexica del dios enmascarado del fuego ›

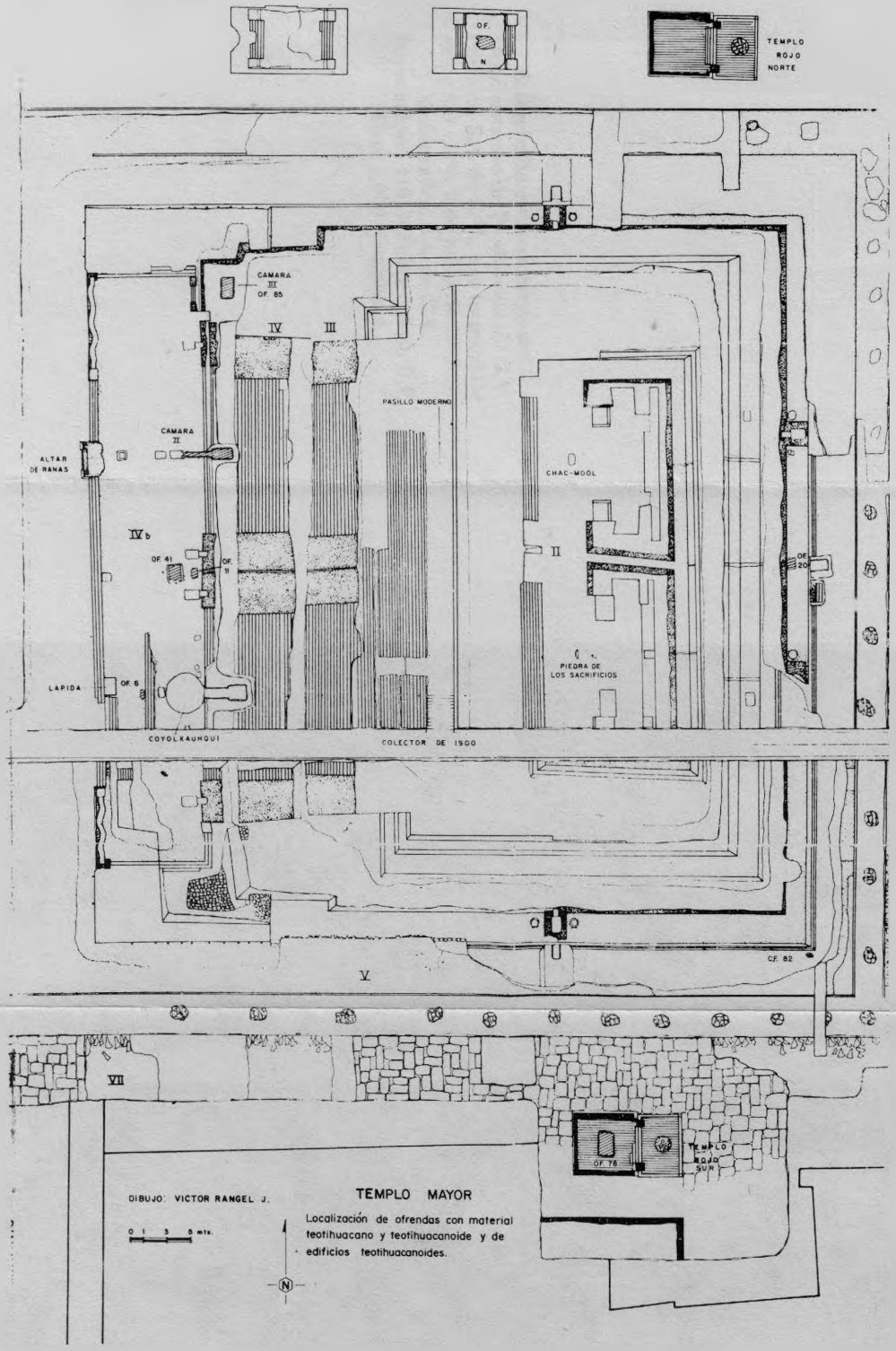
Escultura teotihuacanoide de piedra verde, ofrenda 20



Atrio del Templo Rojo Sur



Estructura del templo rojo sur



TEMPLO MAYOR

Localización de ofrendas con material teotihuacano y teotihuacanoide y de edificios teotihuacanoides.

Esta edición estuvo a cargo del
Departamento de Producción de G.V.
editores, S.A. de C.V., y se terminó de
imprimir el día 2 de junio de 1989 en
Multigráfica, S.A. de C.V.
Popocatépetl 415, México, 03340, D.F.
Tiro: 1,000 ejemplares

En la recuperación mexica del pasado teotihuacano, el autor emprende el análisis del material de origen teotihuacano encontrado en las ofrendas del Templo Mayor, así como de las estructuras arquitectónicas con marcado estilo arcaizante localizadas en el interior de lo que fuera el recinto sagrado de Mexico-Tenochtitlan. Intenta explicar las principales causas que incitaron a los mexicas a recuperar la memoria histórica de una sociedad desaparecida siete siglos antes, a través de la reutilización de la imitación sistemática de sus expresiones culturales características. En este libro se estudian los materiales arqueológicos rescatados por el Proyecto Templo Mayor (1978-1982), al igual que aquellas fuentes escritas que hacen alusión a la ciudad arqueológica de Teotihuacan y a las concepciones que los pueblos nahuas del siglo XVI tenían acerca de las ruinas de esta gran civilización del Clásico.

Como señala López Luján "...los mexicas rescataron un pasado que nunca fue suyo. Estos 'advenedizos' de la Cuenca hicieron así de su presencia un suceso menos contingente y su lugar en el cosmos apareció menos arbitrario para sus vecinos. Al final de cuentas, la filiación mítica con los constructores de Teotihuacan los despojaba de todo anonimato, así como su descendencia indirecta del pueblo tolteca los hacía sentir que pertenecían a un mundo del que se habían adueñado".

ANIVERSARIO

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Proyecto Templo Mayor